

# XIX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

## Tiempo

Relatos 2026

Miguel Ángel Muñoz Gea, María José Fernández Ramírez  
(coordinadores)



### Imagen de cubierta:

**Sbah.** Artista murciano reconocido internacionalmente por su trabajo como muralista y muy vinculado a temáticas sociales. Ha realizado proyectos por todo el mundo (India, Nueva Zelanda, Costa Rica, Brasil, Indonesia, Alemania, Finlandia, Colombia, México, Jamaica, Rumanía...). Parte de esta trayectoria ha sido recogida en diversas entrevistas y reportajes, así como en numerosas exposiciones y reconocimientos. El proyecto más grande, de 820 m<sup>2</sup>, se encuentra en Costa Rica y fue dedicado oficialmente a la Primera Dama de la República. Además, uno de sus murales fue nombrado Mejor Mural del Mundo mayo 2024.

### Coordinadores:

**Miguel Ángel Muñoz Gea.** Es diplomado en magisterio de Educación Especial, graduado en Educación Infantil y en Educación Primaria, y cuenta además con un máster en Dirección y Gestión para la Calidad de los Centros Educativos, lo que le proporciona una formación pedagógica y organizativa. A lo largo de sus catorce años de experiencia profesional como docente, ha desarrollado su labor en todas sus especialidades, lo que le ha permitido adquirir una visión global e integradora del proceso educativo, así como una amplia capacidad de adaptación a distintos contextos, etapas y necesidades del alumnado. Destaca por su gran capacidad de trabajo, su responsabilidad profesional y la ilusión con la que desempeña su labor. Entiende cada reto como una oportunidad de aprendizaje y crecimiento profesional. Fruto de esta trayectoria y de su sensibilidad hacia la atención a la diversidad y la educación inclusiva, forma parte en la actualidad del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia, contribuyendo de manera significativa a garantizar el derecho a la educación y la continuidad del proceso de enseñanza-aprendizaje.

**María José Fernández Ramírez.** Profesora de inglés de Educación Secundaria. Licenciada en Traducción e Interpretación por la Universidad de Murcia, siempre tuvo clara su vocación docente. Después de varias estancias en el extranjero (Reino Unido, Alemania y Francia), y de cursar los másteres de Enseñanza de Español para Extranjeros y de Profesorado de Enseñanza Secundaria, comienza en el año 2015 su carrera como docente. Después de 10 años ejerciendo en la escuela concertada y en la pública, en el curso 2024/2025 se une como profesora de secundaria del ámbito sociolingüístico al Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria. En las aulas hospitalarias ha encontrado el lugar donde poder ejercer su vocación de la manera más humana posible. Apasionada de la lectura, las lenguas y la diversidad cultural como mecanismo de cohesión social.

**XIX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS  
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

# Tiempo

**Relatos 2026**



**XIX CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS  
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

# Tiempo

**Relatos 2026**

**Coordinadoras:**

Miguel Ángel Muñoz Gea  
María José Fernández Ramírez

**Prólogo:**

María Ángeles Gómez Ortigosa



**Región de Murcia**  
Consejería de Educación y Formación Profesional



**Región de Murcia**  
Consejería de Educación y  
Formación Profesional

**Promueve:**

© Región de Murcia  
Consejería de Educación y Formación Profesional.  
Dirección General de Atención a la Diversidad

**Edita:**




© Región de Murcia  
Consejería de Educación y Formación Profesional.  
Secretaría General. Servicio de Publicaciones  
[www.educarm.es/publicaciones](http://www.educarm.es/publicaciones)

**Creative Commons License Deed**




Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de compartir, copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra).
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en:  [creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

**Autores:**

Prólogo: María Ángeles Gómez Ortigosa  
Relatos: Alumnado  
Ilustración de cubierta: Sbah  
Ilustración Interiores: Ver índice

**Imprime:**

Stampacos

**Primera edición:**

Mayo 2026 - 500 ejemplares

ISBN: 978-84-09-85927-6

**Depósito Legal:** MU 664-2026

**Este libro es el resultado de la selección de relatos por orden de puntuación establecida por el jurado del XIX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2026, organizado por:**

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la  
Región de Murcia (EAEHD).

Dirección General de Atención a la Diversidad.  
Consejería de Educación y Formación Profesional.

**Comité organizador del XIX Certamen Internacional de Relatos  
“En mi verso soy libre” 2026**

Dirección del Proyecto: Ana María Porras Espinosa.

Secretario: Antonio Bernal Torres.

Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez.

Coordinadores docentes: Ana Jara García, Luisa Aguayo Giménez,  
Sonia Griñán Martínez, María Ballesta Germán,  
María José Fernández Ramírez, María Victoria García Ydáñez,  
Miguel Ángel Muñoz Gea, Juan Manuel Molina Morote y  
Elena Núñez Andrés.

Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez.



# Índice

Prólogo .....	13
María Ángeles Gómez Ortigosa	

## CATEGORÍA A (de 6 a 9 años)

### GANADORA:

La guardiana del tiempo .....	19
-------------------------------	----

Aitana Ureta Balsalobre

Ilustración: Mónica Meoro

01. Un día sin fin .....	25
--------------------------	----

Cristina Sampaio Alonso

Ilustración: Eva Cortés

02. Los pajaritos del tiempo .....	33
------------------------------------	----

Noel Ruiz Balsalobre

Ilustración: Patricia Fernanda García

03. La 409.....	37
-----------------	----

Noa Sánchez López

Ilustración: Lara Lozano

04. El caracol Lolo .....	43
---------------------------	----

Guillermo Navarro López

Ilustración: Pepe Marco Aledo

05. Un recorrido por el tiempo .....	46
--------------------------------------	----

Daniela Giraldo Amaro

Ilustración: Francesca Cristina Ureña

06. El tiempo es tan relativo... ..	53
-------------------------------------	----

Javier Mora Barcelona

Ilustración: Darío Martínez Carreño

07. El reloj aburrido.....	59
Maya Vera Jiménez	
Ilustración: Laura Acosta	

## CATEGORÍA B (de 10 a 13 años)

### GANADORA:

El tiempo en la ventana del hospital .....	65
Ariadna Marín Pietrzyk	
Ilustración: Andrés Carlos López Herrero	
01. La eternidad .....	71
Iván Pérez Díaz	
Ilustración: Francisco Salcedo García	
02. El tiempo en el mundo de Floe .....	77
Juan Moya Martínez	
Ilustración: Macarena López García	
03. Noa contra el olvido del tiempo .....	87
Claudia Martínez Martínez	
Ilustración: Henar Moros	
04. Luis y la aventura en el tiempo .....	93
Julio José González Marte	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno	
05. Tiempo olímpico.....	101
Gabriel Martínez Hernández	
Ilustración: Sioni López	
06. Dos tiempos.....	109
Anthony Wilmer Vélez Reina	
Ilustración: Kike Sánchez	
07. La pandilla Semana .....	113
Vega Gómez Merino	
Ilustración: José Antonio Palop Navarro	

## CATEGORÍA C (de 14 a 17 años)

### GANADORA:

La máquina del recuerdo .....	119
Érika Prieto Martínez	
Ilustración: Pablo Moreno Giménez	
01. El soldado de mamá.....	129
Nathalie Bayoleth López Pineda	
Ilustración: Génesis Gabriela Ochoa Méndez	
02. El reloj de las sombras.....	139
Juan Collados Ibáñez	
Ilustración: María Pilar Conn	
03. Entrevista con el tiempo .....	143
Ernesto José Garrido Montoro	
Ilustración: Marina López Pérez	
04. Entrevista al tiempo .....	149
Tania Irelba Cerda Mora	
Ilustración: Aquiles Martínez Estévez	
05. Los ojos del tiempo .....	159
Guillermo Balujo Camacho	
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	
06. El reloj de la vida .....	167
María Muñoz Lanchas	
Ilustración: Juanfran Martínez	

## CATEGORÍA E (alumnado con diversidad funcional)

### GANADORA:

El duende del tiempo .....	173
Carla Ramírez García	
Ilustración: Eva Mauricio	
01. Mis cumpleaños.....	179
María Ángeles Fernández Gutiérrez	
Ilustración: Clemente Corbacho	

02. Una nueva vida.....	183
Yassine Hamdi Zahid	
Ilustración: David López Ruiz	
03. Mi amigo .....	187
Ayman Koudair Ennaimi	
Ilustración: Aurora Gil Bohórquez	
04. El tiempo de verano .....	191
Alberto Jiménez Martínez	
Ilustración: Sara Vinagre Ballesteros	
05. Tiempo cocinando.....	195
Raúl Sarabia González	
Ilustración: Josefnailu	

El orden de relatos de cada categoría es el establecido por puntuación en la votación del jurado.

# Prólogo

He leído con interés vuestras historias. ¡Algunos de vosotros habéis conseguido hacerle unas muy interesantes entrevistas al señor del **Tiempo**! ¡Hasta habéis conocido al duende del **Tiempo**! ¡Y otros, viajasteis por él! Fantástico.

Os propongo algunos viajes más:

Imaginemos un río. Vayamos una mañana al frondoso lugar donde nace. Pongamos sobre sus frías aguas un barquito de madera. La pequeña embarcación titubea por la superficie, pero cuando coge correctamente la corriente navega estable y rápido. Pasan 24 horas y el barco no aparece en la desembocadura del río. Al cuarto día, llega brincando tan contento.

En casa de la abuela. Ella cuenta su vida haciendo aflorar sus recuerdos. Nos gusta que nos enseñe fotos donde la vemos cuando era niña y cuando era jovencita. Ella cuenta historias antiguas con ojos de mirada joven.

Es fantástico salir al campo y al monte. En invierno, la tierra está quieta y dormida bajo el frío y la lluvia; las plantas y los árboles se detienen y esperan la llegada de la siguiente estación. En primavera, la tierra bulle, nacen plantas, hierbas, flores...; el abuelo prepara el huerto y el aire huele a tierra batida y fecunda; los árboles se mueven, empiezan a brotar hojas. En verano (una

época que os gusta mucho), tenemos fruta en los árboles, hace calor y apetece bañarse en el río, en el mar o en las balsas; la tierra está más seca y las cigarras cantan en los pinos. Cuando llega el otoño empiezan a menguar las horas de luz, las hojas caen de los árboles en una lluvia amarilla; es la época de las castañas, las setas y las mandarinas; viene el frío y tenemos que abrigarnos para salir al campo y a los montes.

El barco y las aguas del río en su viaje al mar; las estaciones con sus cambios; los recuerdos y fotos de la abuela, nos hablan del paso del **tiempo**. Un **tiempo** que, como bien habéis escrito, es relativo porque cuando nos sentimos felices parece correr veloz, y cuando estamos tristes o enfermos nos muestra su andar lento, muy lento, tanto..., que parece la eternidad, como apuntáis en una historia. El **tiempo** nos ayuda a ordenar acontecimientos y tareas que hemos de realizar: nos ordena los cumpleaños, las vacaciones, hora de dormir, hora de tomar la medicina...

Así que el **tiempo** vive entre nosotros, y hasta se puede decir que nosotros mismos somos parte del **tiempo**, que nuestra propia vida es el **tiempo**.

El **tiempo** pasado es importante porque forma nuestra memoria, aprendemos en él y nos regala recuerdos. El **tiempo** futuro es también importante porque es nuestro sueño, nuestros planes, nuestros propósitos... Pero el **tiempo** presente es lo más valioso: vivirlo con amor y honestidad nos proporcionará un futuro mejor y hará que nos sintamos bien con nosotros mismos. Así que miremos al **tiempo** con cariño ya que es nuestro aliado. Y lo es porque en el presente nos ofrece las oportunidades para conseguir ese futuro que deseamos mejor... En una historia vuestra, os lo dice el señor del **Tiempo**: «...el problema no soy yo, sino cómo me usan».

En muchos de vuestros cuentos aparecen relojes. Ellos miden el tiempo. Desde hace más de 20.000 años, el hombre ha medido el **tiempo**: horas, meses, años... (Muy útil para sobrevivir, así organizaba la siembra, la cosecha, la caza).

Vuestras historias están llenas de imaginación, pero también de poesía. Y es que el **tiempo** y el poema van muy unidos. La poesía le ofrece al **tiempo** un lugar para la serenidad y la memoria.

Y aquí os dejo un ejemplo. Me despido recordando a una escritora llamada Gloria Fuertes. Nos dejó un poema muy divertido que habla del paso del **tiempo**. Se titula:

### LOS DOCE MESES

En enero,  
zambomba y pandero.

En febrero,  
(San Valentín) di te quiero.

En marzo,  
sortija de cuarzo.

En abril,  
tarará que te vi.

En mayo,  
me desmayo.

En junio,  
como una vaca rumio.

En julio,  
veo a mi amigo Julio.

En agosto,  
mi tío bebe mosto.

En septiembre,  
(que buenas notas siembre).

En octubre,  
hojas secas el suelo cubre.

En noviembre,  
el aire hace que tiemble.

En diciembre,  
la nube nieva nieve.

Y durante todo el año,  
que nadie nos haga daño.

M<sup>a</sup> Ángeles Gómez Ortigosa



# CATEGORÍA A

(De 6 a 9 años)



# La guardiana del tiempo



Ilustración: Mónica Meoro



GANADORA CATEGORÍA A

# La guardiana del tiempo

Aitana Ureta Balsalobre

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Era una noche tranquila en el hospital. Estaba dormida cuando, de repente, me desperté. Delante de mí flotaba un reloj de arena. Brillaba muchísimo. Su arena era dorada y estaba mezclada con estrellitas diminutas de colores: turquesa, rosa, esmeralda y rubí. Era precioso y mágico. Nunca había visto nada igual.

El reloj estaba quieto, y yo, aunque tenía un poco de miedo, me atreví a tocarlo. En cuanto lo hice, cobró vida y empezó a decir muy entusiasmado:

—¡Levanta, levanta!

Lo repitió muchas veces. Yo le obedecí y me levanté de la cama. Entonces, me dijo que íbamos a vivir una aventura en aquel hospital. Estaba tan emocionada que el corazón me latía muy rápido. Le pregunté:

—¿Cómo es que puedes hablar? ¿Y cómo es que puedes flotar?

Él no contestó. Solo sonrió y me dijo:

—¡Sígueme!

Salimos de la habitación y llegamos al pasillo. Ya no era como antes. Ahora las puertas tenían dibujos de distintos lugares del

mundo y encima de cada una flotaba un reloj de arena. Cuando me acercaba a una puerta, su reloj me sonreía, se daba la vuelta y, por arte de magia, la puerta se abría.

Cuando una de ellas se abrió, vi una luz dorada muy bonita, tan brillante que tuve que taparme un poco los ojos. Sentí un cosquilleo en la barriga, como cuando sabes que algo importante está a punto de pasar.

Di un paso y, de repente, ya no estaba en el pasillo, estaba en una habitación distinta, pero no parecía una habitación normal. Las paredes eran como el cielo al atardecer, con nubes suaves y estrellas que parpadeaban despacito. En el centro había una cama y en ella dormía un niño pequeño con una sonrisa tranquila.

El reloj de arena que me había traído hasta allí se puso a mi lado y habló en voz bajita, como si no quisiera despertarlo, y me dijo:

—Este niño tiene miedo del tiempo, cree que aquí dentro las horas pasan demasiado despacio y que nunca podrá volver a jugar.

Me acerqué despacio y me senté en el suelo y junto a la cama, lo miré y pensé en lo raro que se siente estar en un hospital por la noche, cuando todo está en silencio y parece que el mundo se ha parado. Entonces entendí que el tiempo no siempre da miedo..., a veces solo necesita que alguien lo acompañe.

Sin saber muy bien cómo, el reloj de arena se hizo pequeñito y cayó en mis manos. Estaba calentito, como si tuviera un corazón. Lo giré con cuidado y, al hacerlo, una estrellita se desprendió y flotó hasta el niño. Al tocarle la frente, sonrió un poco más.

La habitación empezó a brillar y en un parpadeo ya estábamos otra vez en el pasillo, pero algo había cambiado: los relojes de arena ya no solo sonreían, parecían agradecidos.

Seguimos caminando y entramos en otras puertas. En una, una señora mayor soñaba con su casa llena de flores. En otra, una niña imaginaba que corría por la playa, aunque estuviera dormida. En cada lugar, el reloj me dejaba hacer algo pequeño: girar la arena, soplar una estrella o decir una palabra bonita. Y siempre pasaba lo mismo: el brillo aumentaba y el tiempo se volvía más amable.

—¿Por qué yo? le pregunté al final, cuando ya estaba un poco cansada pero muy feliz.

El reloj se detuvo frente a mí y dejó de flotar. Se quedó quieto, como si aquel momento fuera importante.

—Porque tú escuchas —me dijo—, y porque no tienes prisa.

Entonces lo entendí. No hacía falta ser mayor ni saber muchas cosas para cuidar del tiempo. Solo hacía falta mirar con atención y no tener miedo. Volvimos a mi habitación. El reloj de arena empezó a elevarse y su brillo se fue apagando poco a poco.

—¿Volveré a verte? —le pregunté.

—Siempre que alguien lo necesite —respondió.

—Ahora eres unaGuardiana del Tiempo.

¡Y desapareció! Me metí en la cama y cerré los ojos. Todo volvió a estar en silencio. Pensé que había sido un sueño..., hasta que noté algo en mi mano. Una estrellita diminuta, de color turquesa, brillaba suavemente. Sonreí.

Desde entonces, cuando el tiempo va demasiado lento o demasiado rápido, recuerdo aquella noche.

Y sé que, aunque no se vea, siempre hay alguien cuidándolo.







# Un día sin fin

Cristina Sampaio Alonso

Hospital Universitario de Guadalajara

Era el 2 de noviembre, un día normal de un otoño normal de un año normal, en una casa normal de una ciudad normal de un país normal. Y después de dormir muy bien, me desperté de repente. ¡Yo creo que era el día que mejor había dormido en mi vida!

Nada más abrir los ojos, miré al reloj y vi que eran las 10 de la mañana (menos mal que hoy no tenía cole porque era sábado). Mis tripas empezaron a rugir, así que me levanté de un salto, fui a la cocina y le dije a mi mamá que quería desayunar. Como ese día tenía tiempo..., y eso no era normal..., me preparó gofres (¿Te cuento un secreto? Es mi desayuno favorito). Fue una sorpresa muy bonita porque mi mamá siempre tiene mucho que hacer y dice que nunca tiene tiempo para nada.

Desayunamos tranquilamente las dos, como si tuviéramos toooooodo el tiempo del mundo. Y al terminar, me fui a mi habitación para prepararme porque nos íbamos a ir un ratito al parque.

Pero cuando entré, algo llamó mi atención: ¡¡¡el reloj!!! Las agujas daban vueltas muy rápido: una para un lado y la otra para el

otro lado. ¿Cómo podía ser esto? Nunca había visto algo así. Solo en algunos cuentos. Ya sé: ¡¡las pilas!!

Le dije a mi padre que por favor las cambiara mientras íbamos al parque.

Y salimos a la calle, una calle normal. Y caminamos hasta el parque, un parque normal.

Me monté en los columpios muchas, muchas veces y corrí de acá para allá sin parar, y no me cansaba. Esto ya no era tan normal.

De repente, me di cuenta de que algo raro estaba pasando a mi alrededor. Me fijé en las hojas de los árboles: mientras caían al suelo parecía que crecían rápidamente. Las pequeñas margaritas del césped se abrían deprisa una detrás de otra, y hasta un perro que paseaba con un niño se hacía más y más grande. Me froté los ojos para ver si veía bien y seguía viendo lo mismo.

Me pareció todo muy raro y me dio un poco de miedo, y por ello decidí volver a casa.

Al entrar al portal, me miré en el espejo y vi que mi vestido había encogido. Me subía por encima de mis rodillas. Corriendo me metí al ascensor y, por primera vez, llegué al botón de mi piso sin ponerme de puntillas, y entonces me di cuenta de que mi vestido no había encogido, que era yo la que había crecido también, como las flores, los árboles y el perro del parque... «Normal».

Ya en casa, mi padre me dijo que había puesto pilas nuevas al reloj. Fui corriendo a mi habitación a ver si el reloj ya se había arreglado, pero no, seguía dando vueltas como si se hubiera vuelto loco.

No sabía qué podía estar pasando, no entendía nada. Rápidamente pensé: «¡Hoy es un día mágico! Parece que el tiempo pasa muy rápido, voy a aprovecharlo», porque a mí, como a todos los niños normales, no me gusta nada esperar.

¡Y me puse a hacer todas las cosas que me gustaban porque todo ocurría rápidamente!!!

Primero me puse a ver una película y la vi en un momento. Así que vi cinco películas seguidas. Noté que era más alta y ya llegaba a la encimera de la cocina sin taburete. Y me convertí en lo que quiero ser de mayor: ¡una cocinera! Pude cocinar una paella yo sola y en un segundo. Después, hice trescientas galletas, ciento cuarenta rosquillas y cinco bizcochos. Sorprendentemente metía las bandejas al horno y al momento ya estaba todo hecho.

Creo que mi inteligencia también aumentaba porque leí ocho libros que tenían más de doscientas páginas. Y lo mejor, ¡hice los deberes rapidísimo!! Sumar, restar, multiplicar... Todo parecía correr mucho. Hasta las divisiones se hacían casi solas.

Como mis manos también eran más grandes, aproveché para construir nueve Lego de más de mil piezas cada uno. Las piezas me llegaban a las manos y no sé cómo se colocaban rápidamente en su sitio.

Jugué a veinticinco juegos de mesa diferentes y, no me vais a creer, pero, hasta terminé por primera vez ¡una partida de Monopoly!!! Esto sí que no es nada normal... Ja, ja, ja.

Jugaba y jugaba, y el tiempo parecía que no pasaba, aunque era lo contrario, pasaba muy rápido.

Seguía pensando cosas que me gustaría hacer y podía hacerlas hoy mismo.

Fui a patinar sobre hielo y gané un campeonato. Vi un gran espectáculo de baile moderno en el Teatro Moderno, aunque se me hizo muy corto.

Aprendí a tocar el violonchelo y la flauta travesera casi sin esfuerzo, y hasta pude dar varios conciertos.

No estaba siendo un día normal para nada y, aunque el tiempo pasaba muy rápido, parecía que no terminaba nunca.

A pesar de hacer tantas cosas, nada más hacerlas me aburría de todo... ¿Sería porque me estaba haciendo mayor? ¡No lo sé! Y pensé en hacer cosas más interesantes, como un viaje. «Seguro que llego en un santiamén», pensé. Y así fue. Siempre había querido ir a Euro Disney. Una vez allí, monté en todas las atracciones, conocí a todos los personajes, comí en los restaurantes de pizzas y hamburguesas y me comí mil de cada y no me llenaba..., hasta que también me aburrí de estar ahí.

Cambié de sitio y fui a una montaña muy alta, estuve en la selva y subí a la Estatua de la Libertad, al Big Ben y a la Gran Muralla China. Y terminé en una playa, pero no me lo pasé tan bien como el verano pasado, un verano normal.

Era un sueño querer ir a un lugar y en un momento aparecer allí y, aun así, algo me pasaba que me aburría rápido. La verdad es que lo que menos me gustaba era que a cada momento yo me sentía más mayor. Y a mí me gustaba ser una niña, una niña normal, y seguir teniendo mucha ilusión por todas las cosas que me habían pasado siendo pequeña.

Por eso, volví rápidamente a mi casa, me senté en mi cama y...

Poco a poco el reloj empezó a pararse y las agujas volvieron a marcar el tiempo normal, el real. Eran las diez de la noche. Me

parecía increíble que hubiera hecho tantas cosas en un solo día. Pero como todo había vuelto a la normalidad, estaba muy cansada.

Me tumbé. Y me di cuenta de que todo lo que había vivido en este día había pasado tan rápido que no me había dado tiempo a disfrutarlo. También aprendí que el tiempo pasa al ritmo que debe hacerlo y que aunque a veces queremos vivir cosas ya, ya y ya, es mejor tener paciencia porque cada día que vivimos es maravilloso y eso sí que tenemos que aprovecharlo.

Cerré los ojos y me dormí muy contenta porque mañana volvería a ser un día... ¡normal!



# Los pajaritos del tiempo



Ilustración: Patricia Fernanda García



# Los pajaritos del tiempo

Noel Ruiz Balsalobre

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

En un manglar muy divertido, lleno de agua dulce y salada, árboles gigantes y muy cerquita de la playa, vivía un pequeño cocodrilo.

El pequeño cocodrilo era listo, divertido y muy rápido. Se llamaba Luna, como el nombre de la habitación donde lo crearon.

Una mañana, al despertarse, estaba aburrido porque no sabía qué hacer. De repente vio que en su manglar había un pajarito bañándose y pasándoselo muy bien.

Luna se acercó y le preguntó su nombre. Este le contestó que se llamaba Pasado, porque le encantaba recordar todas las cosas divertidas que había hecho en el pasado.

Inmediatamente, Luna fue a buscar su reloj de arena para ver si podía retroceder en el tiempo y volver a vivir todos los momentos bonitos que había vivido.

Pasó todo el día mirando el reloj de arena, pero no consiguió nada y se puso muy triste.

Al día siguiente, vio a otro pajarito distinto y muy contento en su manglar. Luna se acercó y le preguntó su nombre. Este le dijo

que se llamaba Futuro porque siempre pensaba y soñaba con las cosas que le gustaría hacer.

Luna volvió corriendo a coger su reloj de arena para intentar adelantar el tiempo al futuro y hacer cosas de mayores. Después de intentarlo todo el día, se puso muy triste porque tampoco lo consiguió.

A la mañana siguiente se despertó un poco enfadado porque no había podido regresar al pasado ni viajar al futuro. Pero de repente, vio a un pájaro muy bonito y contento jugando en su manglar. Cuando Luna se acercó, le preguntó su nombre, y este le contestó que se llamaba Presente. Luna le preguntó por qué estaba tan contento. El pajarito respondió que estaba muy feliz porque estaba jugando y disfrutando en el manglar en ese momento.

En ese instante, Luna miró el reloj de arena y se dio cuenta de que no necesitaba cambiarlo, que podía disfrutar y jugar en el presente con todo lo bonito que había a su alrededor.

Luna aprendió que lo importante es vivir el ahora para no perder el tiempo.



Ilustración: Lara Lozano



# La 409

---

Noa Sánchez López

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Todo empezó un veinticuatro de febrero, en una habitación de hospital. Ese día aprendí que el tiempo no siempre corre igual. La primera semana pasó muy rápida porque caí en un profundo sueño. Para mí fue como si no hubiera pasado nada, pero estoy segura de que para mis papás ese tiempo fue eterno.

Cuando desperté, el cuatro de marzo, mi vida había cambiado. No podía moverme del cuello para abajo y no entendía muy bien qué estaba pasando. Al principio tenía miedo y muchas preguntas. Los días iban pasando y, poco a poco, cada ratito, alguna parte de mi cuerpo se iba despertando. El tiempo se medía en visitas, en pruebas y también en la hora de tomar la gabapentina que llegaba puntual: mañana, tarde y noche.

Entonces el tiempo empezó a hacerse pesado. Cada minuto parecía eterno y cada día parecía durar dos. A veces, miraba el reloj esperando la siguiente toma de gabapentina porque sabía que después podría descansar un poco más tranquila.

Pasaron las semanas hasta que llegó un día muy importante: el día en que pude incorporarme y sentarme en un sillón. Fue una gran alegría. Esa misma noche hubo una tormenta tremenda y

mis papás empujaron la cama hasta la ventana para que pudiéramos ver los relámpagos. Después de la gabapentina, con las luces apagadas, el ruido de la lluvia parecía una canción.

Después de un mes en mi querida habitación 409, el hospital ya era casi como mi casa. Había hecho amigas entre las enfermeras, los médicos y muchas personas que me cuidaban cada día. Algunas ya sabían que yo era la que pedía la última toma de medicación. Con mi silla de ruedas podía salir al parque, ir al cole del hospital y pasear despacio por los pasillos. También vinieron a visitarme amigos y compañeros del cole, y esos días el tiempo pasaba un poco más rápido.

Más adelante llegó una operación. La misión era que mis piernas pudieran estirarse bien para poder caminar otra vez. Y tocó volver a empezar: escayola, mucha cama y mucha paciencia. Volvieron los días largos, de esperar y esperar, contando el tiempo entre una toma de gabapentina y la siguiente.

Cuando por fin me quitaron la escayola, tuve una pequeña escapada. Es un secreto, ¿eh? Mi mamá me sacó a escondidas para poder ver la primavera florecer. Ver las flores y los árboles me hizo muy feliz. Al mes y medio pude poner los pies en el suelo, aunque me costaba muchísimo. El tiempo no avanzaba. En las paralelas no veía el final del camino, pero no me rendí.

Sesenta días después ya paseaba por el parque descubriendo rincones nuevos del hospital. Me gustaba pintar y dibujar para pasar el tiempo, y por las noches, después de la última gabapentina, venían cenas muy ricas..., que por cierto, no eran del hospital.

Después de dos meses y medio ya podía moverme bastante bien, aunque fuera en silla de ruedas. Y entonces llegó el día más esperado: me iba a casa. Fue un sentimiento raro porque tenía

muchas ganas de volver, pero a la vez me daba pena irme. Era la reina de la planta, la veterana del cole, y el hospital se había convertido en un lugar muy especial para mí.

Me hicieron una gran fiesta, con globos, confeti y Madonna de fondo. Fue un día increíble.

De mi estancia en el hospital me llevo muchos recuerdos bonitos y un gran aprendizaje: el tiempo a veces parece lento, pero siempre sigue adelante, y hay que aprovecharlo porque no vuelve.



# El caracol Lolo



Ilustración: Pepe Marco Aledo



# El caracol Lolo

Guillermo Navarro López

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Había una vez un caracol que se llamaba Lolo que tenía tres años. Vivía cerca de la playa con su mamá, su papá y sus hermanos. Su estación favorita era el verano, ya que las demás eran un poco aburridas.

Empezaremos por la primavera, la estación que la sangre altera. En esa época, Lolo disfrutaba de todas las flores que había a su alrededor, pero les tenía muchísima alergia. Cuando se ponía malito, se metía en un agujero porque no le gustaba ir al médico. Un día, su papá le dijo:

—Tienes que ir al médico.

—No quiero ir, me hace mucho daño —respondía el caracol.

—Venga, que pronto llegará el verano, tu estación favorita — decía su papá.

—Vale, te haré caso.

Pasó el tiempo y llegó el verano. Lolo disfrutaba muchísimo de esta estación porque podía hacer muchas cosas: bañarse, jugar con sus amigos, ir a la playa y a la piscina, jugar con la arena, etc. Algo muy divertido que le ocurrió fue pasar tiempo en la casa de

su abuelita con sus amigos. El tiempo se le pasaba volando y se reía sin parar.

Pero el verano pasó..., y llegó el otoño, cuando las hojas de los árboles se caen y se comen muchas castañas. También le tocaba empezar el cole y, además, era su primera vez. Lolo estaba muy nervioso, pero pronto hizo amigos con los que disfrutaba mogo-llón.

Por último, llegó el invierno, cuando cae mucha nieve y hace mucho frío. Su mamá lo abrigaba bien y hacían muñecos de nieve. Tenían una chimenea donde se calentaba toda la familia.

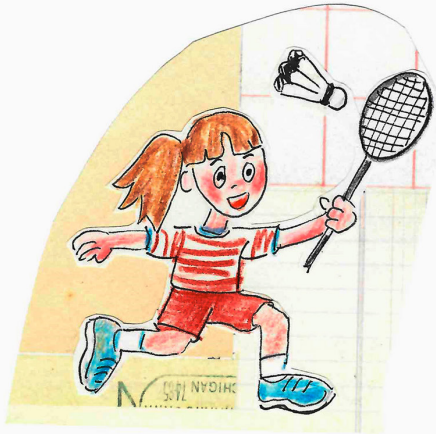
Lolo se dio cuenta de algo muy importante: aunque su estación favorita era el verano, las demás también eran geniales porque en todas podía hacer cosas divertidas que lo hacían feliz.

# Un recorrido por el tiempo

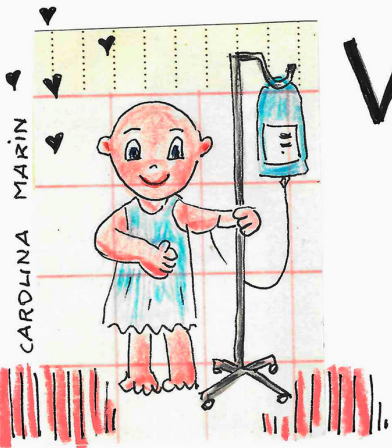
## Recorrido



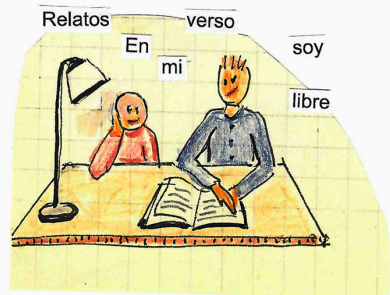
POR



mi



VIDA



kristin



# Un recorrido por el tiempo

Daniela Giraldo Amaro

Hospital Universitario Central de Asturias

Estos nueve años me han pasado volando.

—Hola, soy Daniela y vamos a hacer un recorrido por mi vida.  
¿Me acompañáis?

3, 2,1... ¡Despegamos!

HUCA (Oviedo). JUEVES, 19 DE MAYO DE 2016. 23:40 h

¡Acabo de nacer! Mis padres están muy contentos y mi familia también. Estos primeros años lo paso muy bien, pero..., al cumplir cuatro años..., sucede algo... ¡Vamos a ese momento!

3, 2,1... ¡Despegamos!

MI CASA (Oviedo). VIERNES, 20 DE MARZO DE 2020. 11:00 h

Es plena pandemia, ahí estoy yo con mis padres haciendo clase por videollamada. Acaba de terminar la clase, cojo mi maletín de médico y me paseo por toda la casa. Aunque no esté con mis amigos, me lo paso bomba. Pero... ¡Continuemos nuestro viaje!

3, 2,1... ¡Despegamos!

CORREDORIA ARENA (Oviedo). MIÉRCOLES, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2020. 16:30 h

Llego al polideportivo para escoger el deporte que voy a empezar a practicar. En medio de la pista hay una red, y a cada lado dos personas con una raqueta en la mano. Por los aires vuela una pelota; es muy rara porque tiene plumas. ¡Adivinad qué deporte es!

¡Exacto! Es el bádminton. A partir de este momento se convierte en mi deporte favorito. Y con el tiempo ganaré muchas medallas y todo gracias a Carolina Marín, que me inspiró para jugar a este maravilloso deporte.

Pero..., sigamos viajando.

3, 2,1... ¡Despegamos!

PALACIO DE CONGRESOS CALATRAVA (Oviedo). JUEVES, 19 DE JUNIO DE 2022. 10:00 h

¡Hoy me gradúo! Hay muchísima gente y estoy recitando un poema con mis compañeros de celebración. Vamos todos con toga y birrete y nos han entregado un diploma. ¡Por fin voy a pasar a Primaria! ¡Que nervios!

Sigamos viajando...

3, 2,1... ¡Despegamos!

HUCA (Hospital Universitario Central de Asturias). LUNES. 13 DE ENERO DE 2025. 10:30 h

Llega el principio de mi enfermedad: LEUCEMIA. Me lo acaban de decir y tengo mucho miedo. Me dicen que tiene cura, pero es muy duro. Es una lección muy valiosa. Lo que no sé todavía es que la enfermedad no me traerá solo cosas malas, sino que también me regalará momentos muy felices, como por ejemplo: conocer a Carolina Marín gracias a un pediatra, ver la película de mis sueños, también gracias a él...

Viajemos otro poco...

3, 2,1... ¡Despegamos!

MI CASA (Calle....., número....., Oviedo) MIÉRCOLES 28 DE ENERO DE 2026. 10:20 h

Aquí estoy con mi profe Albi, acabando mi relato para poder presentarlo en el XIX Certamen Internacional de Relatos «En mi verso soy libre».

Eso significa que aquí acaba nuestra aventura. Muchas gracias por acompañarme en este viaje por mi vida. ¡Adiós!

FIN



El tiempo es tan relativo...



Ilustración: Darío Martínez Carreño



# El tiempo es tan relativo...

Javier Mora Barcelona

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Hoy salgo al parque del hospital. Es un día soleado y me apetece montarme en los columpios. Me subo y empiezo a balancearme con fuerza. De pronto, salgo prácticamente disparado y, antes de tocar el suelo, se abre un portal espaciotemporal que me succiona y me teletransporta a un lugar muy extraño y con mucha vegetación.

Empiezo a escuchar unos ruidos muy fuertes y pisadas profundas, y me apetece investigar el lugar. Descubro que no era la tierra que conozco porque aquí habitan enormes dinosaurios: *Pteranodon*, *Compsognathus*, *Tyrannosaurus rex*, *Diplodocus*... De repente, siento que se mueve la tierra bajo mis pies y pienso... ¡Un terremoto!

Al principio me confundo y creo que es un diplodocus que se acerca a coger comida, pero cuando para, sigo notando el temblor. Sin embargo, a lo lejos observo que es un volcán en erupción y el temblor que yo notaba era un grupo de *gallimimus* corriendo: el volcán está asustando a todos los dinosaurios. Salgo corriendo, pero la lava del volcán va aniquilando a algunos dinosaurios. Pienso que la lava está aún lejos y me pongo a pensar...

«¿Esto no será lo mismo que pasó hace millones de años?».

Reacciono entonces porque me doy cuenta de que la lava se está acercando. En ese momento me pongo a correr, pero me encuentro un acantilado rocoso.

«¡No puedo pasar!», pienso.

La lava me está rozando cuando me doy cuenta, el mismo color del portal, se abre al lado mío y me lanzo:

—Oooohhhhhhhhh!!!!

El impacto me hace reaccionar, me doy cuenta de que ahora estoy en un puro desierto de arena fina y caliente, con grandes dunas y una extraña chatarra. Me acerco y me encuentro que eran coches, cojo uno y, con la muy poca experiencia que tengo como conductor, me largo en zigzag a la civilización más cercana. Allí veo que están construyendo unas esculturas raras, con forma de pirámide.

«¿Esto es el antiguo Egipto?», pienso...

Efectivamente, estaba en el antiguo Egipto. Unos hombres me raptaron y me pusieron a trabajar en las pirámides. Me obligan a esculpir los dibujos tallados en la pared de dentro de las pirámides, pero yo tengo otros planes, y cuando no me ven me pongo a investigar por la pirámide. Me pierdo en el gran laberinto de la pirámide y confirmo lo que ya sabía: las rocas están talladas para pasar la mano si te pierdes.

Finalmente, encuentro la salida, pero cambio de opinión y decido entrar otra vez porque fuera ¡había una plaga de langostas! Se me olvida cerrar la puerta y se meten dentro de la pirámide. El único sitio por el que se me ocurre escapar es por el techo de la pirámide.

Consigo escapar, las langostas se pierden por el laberinto y, cuando toco el suelo, me doy cuenta de que de lejos se levanta un nubarrón de arena, esto es el colmo... ¡Una tormenta de arena!

Me escondo en el poblado. Cuando termina la tormenta veo que hay otro portal en el que se ve una playa en lo profundo. Decido meterme y de nuevo me veo succionado. Al aterrizar, toda el agua de la orilla está yéndose para el fondo del mar, regenerándose en una ola gigante de cien metros... ¡¡¡Un tsunami!!!!

Subo corriendo a la parte trasera de una montaña, junto a la cima, pensando que así, si impacta, yo me salvo.

Sobrevivo y me encuentro prácticamente toda la ciudad sumergida en agua; decido quedarme porque quiero ayudar a la gente. Pasados unos meses, se reconstruyó la ciudad. Vuelve a aparecer el portal y me teletransporta a mi época original.

Cuando regreso, me voy directamente con mis padres y les cuento todo lo que me ha ocurrido y ellos me insinúan que solo han transcurrido treinta minutos desde que comenzó toda mi historia.

**MORALEJA:** El tiempo es tan relativo...



## El reloj aburrido



Ilustración: Laura Acosta



# El reloj aburrido

Maya Vera Jiménez

Hospital General Universitario Santa Lucía

Hola, soy un reloj. Al principio, mi vida era divertida viendo pasar las agujas por delante y ver lo que la mamá de Maya, mi dueña, hacía. Pero llevo un tiempo que estoy algo aburrido...

Un día, María, la mamá de Maya, me dejó en la mesa porque se fue a una fiesta y me cambió por una pulsera, pero yo salté al bolso y me fui a la fiesta con ella. Aunque la fiesta fue muy corta: solo duró cinco minutos.

Después, abrió el bolso, salté de nuevo sin que me viera porque yo quería más fiesta. No podía volver a casa tan pronto. Y caí al suelo.

María se encontró que llevaba una garrapata pegada al bolso, la cogió como pudo y la tiró a la tierra, justo donde yo había caído, y me asusté mucho.

Justo al ver dónde caía la garrapata, vio que estaba el reloj. Allí me encontró, me cogió sorprendida y, entonces, se preguntó cómo había llegado hasta allí.

Me cogió y me llevó a casa de nuevo. Me volvió a poner en su muñeca para siempre y ahí acabó mi única aventura.

¡Al menos fueron unos minutos divertidos!



# CATEGORÍA B

(De 10 a 13 años)



# El tiempo en la ventana del hospital



Ilustración: Andrés Carlos López Herrero



GANADORA CATEGORÍA B

# El tiempo en la ventana del hospital

---

Ariadna Marín Pietrzyk

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

El reloj de mi móvil marca las 5:32 de la mañana. Afuera todavía está oscuro y todo parece dormido, el suelo está mojado porque anoche llovió un poco y las luces amarillas de los postes dibujan líneas rectas sobre la acera mojada. No fue una lluvia fuerte, solo un hilo constante que deja un olor húmedo y fresco en el aire. Desde mi ventana, solo puedo oír el goteo del agua que cae de los techos.

Hay un tiempo del hospital que no se parece al tiempo de afuera: es un tiempo mecánico, uniforme, que avanza, aunque nadie lo note. Aquí dentro, el aire siempre se siente igual. La temperatura no cambia, apenas un grado más fresco que el calor artificial que emana del aire acondicionado. He perdido la cuenta de los días que llevo. ¿Cinco? ¿Seis? No estoy segura porque dentro de estas paredes el tiempo pasa distinto. A veces creo que el hospital tiene su propio tiempo: las mañanas no se diferencian demasiado de las tardes, y las noches, aunque más silenciosas, llevan la misma sensación de espera.

Mi cama está junto a la ventana. Desde aquí puedo ver el cielo en todo su rango de colores: gris cuando llueve, azul cuando hace sol, rosa al amanecer, naranja al atardecer. Cada color me hace recordar que afuera la vida sigue, aunque yo esté atrapada aquí. A veces, cuando el cielo está despejado, siento ganas de salir corriendo y abrazar el aire frío o el calor del sol, pero la realidad del hospital me recuerda que no puedo.

Diana, la enfermera, viene todos los días a cambiarme el suero, es mi punto de referencia en este tiempo detenido, porque sus horarios son precisos: 7:00, 11:00, 15:00, 19:00, marcando un ritmo distinto al que yo estoy acostumbrada. Ella trae medicinas, cambia gasas, revisa los monitores, pero también trae palabras breves y una sonrisa que rompe un poco la monotonía del lugar. Ella vive dentro del reloj del hospital, y yo aprendo a vivir dentro de su ritmo.

Ayer fue un día extraño. Afuera el cielo estaba gris, cargado de nubes densas que prometían lluvia, y por la tarde empezó a chispear. Desde la ventana, podía ver el reflejo de las luces del pasillo sobre las gotas que caían por el cristal. Pensé que, aunque aquí todo parezca igual, el mundo exterior tiene su propio tiempo, caprichoso e impredecible.

Me gusta mirar cómo entra la luz por la ventana. Por la mañana, llega clara y cortante, iluminando cada rincón de la habitación. Al mediodía el sol se suaviza y la temperatura se vuelve más templada. Por la tarde, el cielo se tiñe de tonos cálidos, dorados, que contrastan con la frialdad de las paredes blancas. En la noche, todo se apaga, salvo las luces del control de enfermería, que parpadean de vez en cuando en el pasillo, como si marcaran un ritmo invisible.

En el hospital, el tiempo se mide por sonidos: el pitido de las máquinas, el goteo constante del suero, el zumbido del tubo por el que envían las medicinas, el ruido metálico del carro que pasa por el pasillo. Todo tiene su ritmo, y poco a poco, uno se acostumbra.

Hoy, mientras miraba por la ventana, vi que la lluvia había cesado y que el sol empezaba a asomarse entre las nubes. Sentí algo parecido al alivio, como si el mundo me dijera que todo sigue su curso.

El doctor pasa siempre a la misma hora, revisa mis análisis y se va. A veces habla de mejoría; otras, solo de prevención. No hay emoción en sus palabras, pero su presencia marca otro ritmo en mi tiempo detenido. Me dijo que tal vez pronto podría caminar un poco más por el pasillo, y algo se movió dentro de mí: una esperanza pequeña, como un rayo de sol colándose por la ventana.

Ahora el reloj marcaba las 16:23. Aquí dentro todo está tranquilo. El tiempo sigue igual que siempre, pero yo empiezo a entenderlo, a sentirlo y a valorarlo.

Las noches son largas y los sonidos se amplifican: cada paso, cada suspiro, cada máquina pitando. Afuera no puedo saber si hace frío o calor. Solo me quedan los recuerdos de la temperatura: el sol en la cara, la brisa fresca en los brazos, la lluvia que empapa la ropa. A veces cierro los ojos y los revivo, como si fueran una forma de medir el tiempo perdido.

El calor y el frío se sienten de manera diferente aquí. Dentro, el aire acondicionado mantiene una temperatura estable, diseñada para no incomodar. Pero afuera, todo cambia con rapidez: la lluvia enfría, el sol quema, el viento mueve las hojas y hace temblar las ramas. Yo extraño ese cambio, esa sensación de vivir el tiempo con el cuerpo, no solo con la mente.

Cada gesto y cada detalle dentro del hospital tienen su propia medida de tiempo: los movimientos de las enfermeras, los cambios de turno, el brillo de las luces, incluso el tic-tac del reloj del pasillo. Todo es un recordatorio de que el tiempo no solo se ve en los calendarios o en los relojes; también se siente, se respira, se escucha y se toca.

Hoy me dejaron caminar un poco por el pasillo. El aire estaba fresco, la luz era suave y la temperatura agradable. Caminé despacio, respirando el aire tibio y sintiendo el pulso de la vida que sigue más allá de estas paredes. Sentí que el hospital tenía otro color.

Ahora, sentado de nuevo en mi cama, el reloj marca las 21:45. La noche ha caído. Aquí dentro el tiempo sigue su ritmo constante, pero yo he aprendido a reconocerlo, a sentirlo y a apreciarlo en sus pequeñas variaciones.

Mañana tal vez me den el alta. Tal vez haga frío, tal vez calor, o un poco de ambos. No importa. Lo importante es que el tiempo continúa, afuera y adentro, y que cada segundo, cada rayo de sol, cada gota de lluvia, cada cambio de temperatura son una señal de que la vida sigue.

Y yo también.

# La eternidad

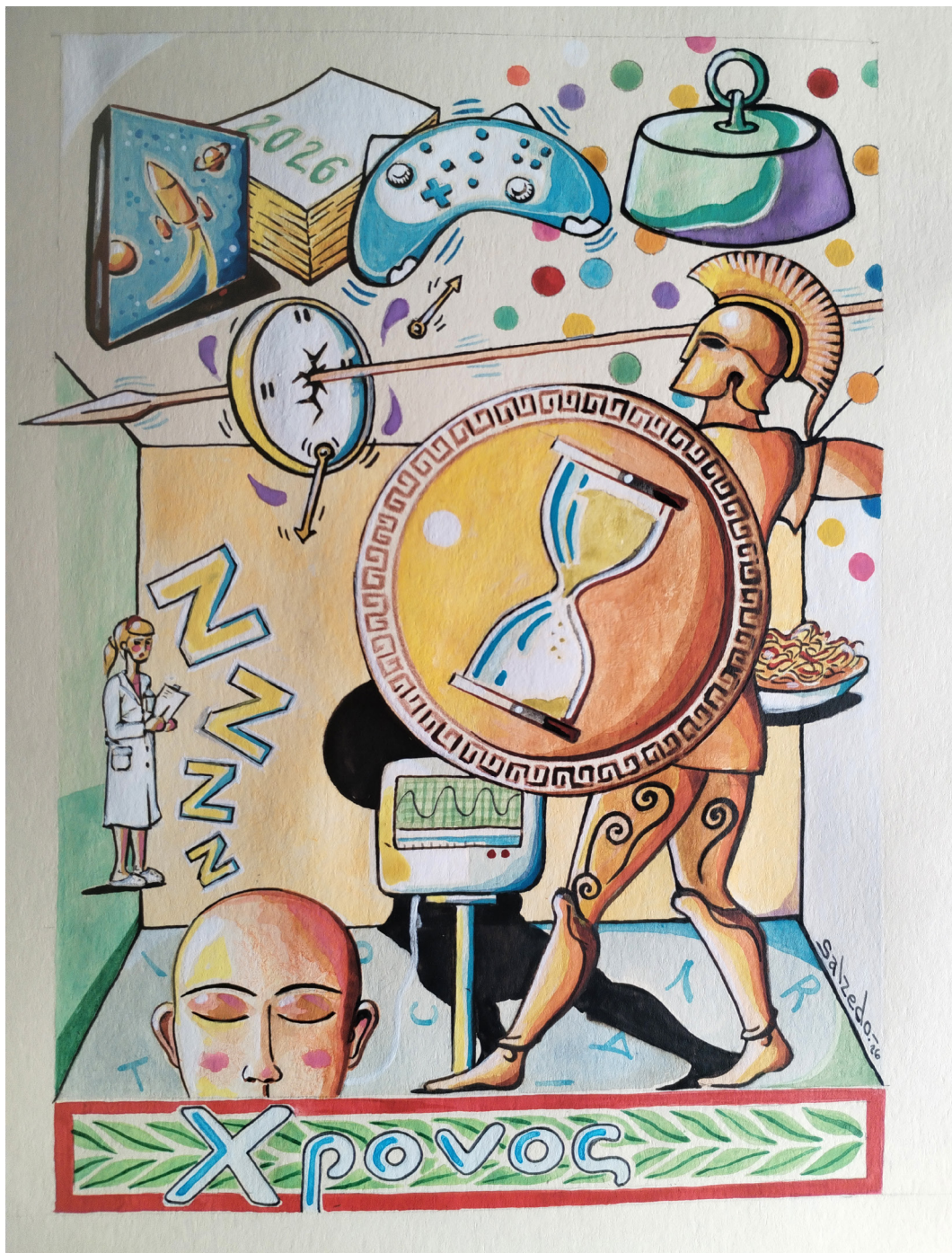


Ilustración: Francisco Salcedo García



# La eternidad

Iván Pérez Díaz

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

¿No has oído muchas veces que el tiempo pasa volando? Para mí eso no es verdad. No aquí.

No cuando estoy en el hospital. Tampoco cuando me mandan a casa unos días porque ni siquiera allí puedo hacer las cosas que antes me gustaban. Por suerte, aún me quedan mi consola, las películas y de vez en cuando puedo conectarme con mis amigos. Pero eso no es suficiente. No cuando todo lo que hacía antes se para y dejo de hacerlo.

Aquí, el tiempo se estira como si fuera un elástico que nunca tiene fin. Cada minuto parece una hora. Y cada hora..., una eternidad.

Llevo mucho tiempo ingresado. Entrando, saliendo, volviendo a entrar. Ya no llevo la cuenta ni quiero llevarla. Al principio, uno piensa que todas las habitaciones son iguales, pero os puedo garantizar que no. Con los días te das cuenta de que no es así porque he visto que cada una tiene su propia luz. Esta cambia según está puesta la cama en relación con la ventana por la que de día entra el sol. También cambian los dibujos que hay hechos con circulitos en las paredes y el techo. No todos guardan una simetría

exacta; eso hace que mis ojos miren para ese lugar constantemente. Cambia si por casualidad tienes que compartir habitación con otro enfermo: eso aun hace que el tiempo vaya más lento. A veces creo que hasta cambian los ruidos que pudo oír, como los pitidos de las máquinas, los pasos en el pasillo, las voces del personal sanitario...

Pero lo peor no es eso. Lo peor es la enfermedad que siento cuando estoy aquí; es como una sombra que nunca se despega. Está ahí, molestando todo el tiempo. Ni siquiera me deja disfrutar de las cosas simples, como comer un buen plato de espaguetis. Antes para mí eso era un disfrute, pero ahora se ha quedado fuera.

Así que últimamente solo quiero dormir. Dormir mucho. Todo el día. Como si al cerrar los ojos pudiera hacer pasar el tiempo como un rayo y al despertarme todo esto ya hubiera terminado y me encontrara en mi casa, con mis amigos, riéndome, jugando, haciendo lo que más nos gusta.

Porque cuando duermo, todo cambia porque no estoy aquí. No hay agujas, no hay controles de temperatura ni de tensión, no hay preguntas de «¿cómo te sientes?», «¿cómo estás?», como si eso fuera a cambiar algo.

Solo quiero decirles: «Dejadme dormir, por favor», y que el tiempo pase rápido. Entonces me enfado, me enfado con todo e incluso con todos. Porque allá afuera todo sigue como igual... Y yo estoy aquí, atrapado, donde los segundos pesan como toneladas. También me enfada este tiempo lento, me enfada que no pase, me enfada que me sigan preguntando si estoy bien.

A veces, cierro los ojos y me imagino que estoy con mis amigos jugando a la consola, riéndonos por cualquier tontería. Y entonces me doy cuenta de cuánto echo de menos mi vida.

Yo solo quiero cerrar los ojos..., y despertar cuando esto ya haya acabado. Y, sobre todo, quiero que el tiempo deje, de una vez por todas, de ser eterno.



# El tiempo en el mundo de Floe



Ilustración: Macarena López García



# El tiempo en el mundo de Floe

---

Juan Moya Martínez

Hospital General Universitario Santa Lucía

El tiempo es algo que criaturas tan vulgares como nosotros los humanos no somos capaces de valorar. Cada día malgastado, cada oportunidad desaprovechada, cada autosabotaje hace que cortemos más la fina línea entre la vida y la muerte que se nos ha concedido por una única vez. La vida es un tren que pasa una sola vez, pero que no somos capaces de ver. Pero querido lector, contéstame a esto: ¿Qué es más desafortunado, no coger el tren porque estás tan ciego como para no verlo o que el tren pase tan rápido que termine arrollándote y aplastándote, sabiendo que tu vida misma es un constante interrogante?

Espero que toda la información que te he dado te sirva para comprender mejor a las criaturas que habitan el mundo de Floe, ya que su vida es tan fugaz como la tenue luz que desprende una cerilla antes de apagarse.

Los habitantes de Floe tienen unos ojos negros enormes y una pequeña boca que solo usan para comunicarse, son de tez azul agua, con una textura áspera y escamosa y no pasan del metro de altura, sus piernas son prominentes pero cortas y sus brazos, cómicamente pequeños. Los habitantes de Floe no pierden tiempo en divagar con subtramas tan cotidianas como comer o echarse

una pequeña siesta, puesto que su esperanza de vida es de tan solo veinticuatro horas. Para intentar profundizar en la vida de nuestros fugaces amigos, nos centraremos en el sujeto PK-212, PK, para abreviar.

La vida en Floe comienza como todas las cosas que conocemos, tan pronto como no hay nada, lo hay todo. Tan pronto como naces, te desvaneces. En ningún momento lo has pedido, en ningún momento te preguntan si quieres estar ahí; la vida, el más cruel y bonito regalo que te pueden hacer.

Y así nació PK, simplemente apareció ahí, sin tiempo para preguntarse por qué. PK miró a su alrededor, en el intento de buscarle sentido a todo aquello que estaba experimentando. Estaba en un cuarto enteramente tintado de un negro abrumador, casi tan negro y abrumador como el del espacio mismo. En el suelo de aquel hermético cuarto había una tarjeta con un mensaje escrito: «¡Aprovéchalo!».

Una puerta, que a ojos de PK no estaba ahí antes, se deslizó lentamente dejando entrar la luz de los tres soles del sistema Intraulitis. PK se fue acercando lentamente, aquellos primeros rayos de sol mañaneros causaron en él una reconfortante sensación de paz absoluta que fue acompañada con una solitaria y liberadora lágrima que hizo un bello trazo en sus alienígenas mejillas y que terminó por caer al suelo.

Posteriormente, una voz femenina con rasgos robóticos le dio la bienvenida:

—Buenos días, PK-212, y bienvenido al país de Floe.

Un ruido chirriante interrumpió a PK.

PK, asustado, torció su vista para descubrir de dónde venía ese estrepitoso ruido. Un brazo metálico salió de la pared derecha de la habitación, acercándose hacia PK. Una jeringuilla salió del dedo de aquel extraño brazo y se incrustó en el cuello de PK.

—Eso que te acabó de inyectar es el suero del saber, agilizará mucho las cosas —dijo la voz con un tono serio y ya no tan amable.

—Todos los conocimientos de tu civilización están concentrados en ese suero, incluso eso... —dijo la voz que casi parecía poder observar la mirada perdida de PK, que parecía haber descubierto algo que no le hacía mucha gracia.

—¿En serio... Mi existencia se basa en..., eso? —preguntó PK, mientras se le quebraba la voz a cada palabra.

PK, apesadumbrado, salió lentamente de la habitación. Cuando ya hubo estado fuera de la habitación, vio el largo pasillo con enormes cristalerías que debía recorrer. Al ver esto, las pocas fuerzas que le quedaban para salir de ahí se agotaron, ya que aquel pasillo parecía no tener final. PK, que ya había desistido, se percató de un pequeño movimiento que provenía de sus pies. Cuando se dio cuenta ya era tarde, pues el suelo ya había emprendido un viaje por aquel gigantesco pasillo. Cada vez la sensación de velocidad era mayor, y cuando PK pensó que sus fluorescentes tripas iban a salir a presión por las cuencas de sus enormes ojos, el suelo se paró en seco.

—Ha llegado a su destino —dijo la voz que había permanecido callada durante todo el trayecto.

De pronto, una enorme puerta corredera de acero empezó a abrirse, dejando entrar la luz de aquellas hipnóticas estrellas.

Aquel lugar no era para nada como PK hubiera querido imaginarse. Ese sitio era pálido, simétrico y, por supuesto, sin vida. Cientos y cientos de cubículos negros, afilados perfectamente; de una manera tan robótica que hacía daño a la vista. Un poco más a lo lejos se apreciaba un cubículo más grande que los demás.

—¿Qué son todos esos cubículos negros? —dijo PK, aterrado por aquel nivel de simpleza con el que se había topado.

—Esos cubículos son las salas de fallecimiento, llevan incorporados un set de realidad virtual, podrás ver lo que quieras y como quieras —dijo la voz con un tono feliz y emocionado.

PK se quedó pensativo unos segundos, intentando asimilar todo lo que le estaban contando.

—Pero entonces... ¿Es todo mentira? —dijo PK mientras miraba los cubículos negros con una mezcla de ira e incertidumbre.

—Es mejor que nada, pero bueno eso lo decidirás tú mismo —dijo la voz mientras una compuerta se abría en el suelo.

De aquella compuerta salió una especie de óvalo blanco con un agujero que daba a suponer que era para un habitante de Floe.

—Adelante —dijo la voz, alentándolo a subir.

PK, sin más remedio, se montó en aquel extraño vehículo con forma de ovoide. Tan pronto como consiguió meterse en aquella blanca judía descorazonada, empezó a levitar. Por la forma en la que se elevó, pensó que sería un viaje tranquilo, mas fue sorprendido segundos después por la velocidad de la máquina, ya que en menos de cinco segundos ya estaba en su destino.

La estrafalaria nave aparcó en la parte de arriba del cubículo asignado a PK. Acto seguido PK bajó por unas escaleras que ha-

bía en el lado derecho del cubículo. PK se percató de que estaba bastante cerca del cubículo grande. Estando ya abajo, se dirigía a ver el interior del cubículo cuando oyó un eufórico alboroto. Extrañado él, se dispuso a averiguar qué estaba ocurriendo.

Cuando hubo llegado al lugar de donde provenían aquellos ensordecedores alaridos, vio a un montón de gente como él, habitantes de Floe, reunidos enfrente del cubículo grande que anteriormente había visto lejanamente. De entre todos, destacaba un alienígena que llevaba un sombrero con forma de 'I' que parecía estar diciendo algo.

—Habitantes de Floe, debemos rezarle a las inteligencias artificiales que tanto nos han ayudado hasta ahora, todo esto es una prueba que ellas nos han puesto para ver si somos dignos de entrar al cielo cibernético. Os prometo que si hacéis lo que yo os diga, tendréis un sitio en el mundo de la inmortalidad —dijo aquella extraña figura mientras toda la multitud coreaba su nombre.

De toda esa muchedumbre salió otro alienígena, con aire enfadado, a donde se encontraba el que estaba dando el discurso.

—Habitantes de Floe, ¿es qué no lo veis? Todas esas cosas que suelta por la boca no son más que patrañas sin sentido, debemos buscar la respuesta, la cura de esta fugaz vida. Yo propongo que entremos en el cubículo, que es donde se encuentra el servidor de la IA, y busquemos nosotros mismos la forma de ser inmortales.

En ese momento, hubo tantos vítores como abucheos por parte de los dos bandos que se habían creado.

—Pero ¿estáis locos o qué? Vais a provocar la furia de la inteligencia artificial, si vais a entrar ahí, tendrá que ser por encima de mi cadáver.

La multitud, ya alterada, estalló en el momento en que un habitante del bando de la ciencia golpeó a otro del bando de la religión, provocando un masivo caos repentino. Habitantes de ambos lados se evocaron en una batalla campal. Mientras, PK se mantenía apartado al otro lado de la calle, dispuesto a irse a su cubículo, debido a que todo se había salido de madre. Y así, PK se dispuso a irse, o eso tenía pensado, ya que un inédito hecho le hizo pararse en seco. De aquel insulso suelo, de aquel suelo color gris lápida, de aquel suelo que él creía muerto, de aquel suelo creció una preciosa margarita, una margarita rosa, de un rosa que aunque tuviera trece diccionarios, te aseguro que no sería capaz de describir. PK, absorbido por los colores de la flor, se fue acercando a ella poco a poco. Con delicadeza la arrancó del pálido suelo y, en ese momento, pareció comprenderlo todo. Con una sonrisa en su cara fue hacia el cubículo, ya que se percató de que estaba cerca de atardecer.

Ya en el cubículo, decidió subir las escaleras para ir a la parte superior. Cuando hubo estado en la parte superior, pensó que estaría bien echarse un rato a descansar en la judía blanca. Se tumbó sobre aquella judía blanca, calmado, y lo único que hizo durante unas horas fue observar cómo el cielo pasaba de vainilla a cobre rojizo y cómo los soles se iban escondiendo lentamente.

—Sabes, PK-212, te queda poco tiempo, ¿no te da miedo la muerte? —dijo la IA con un atisbo de desconcierto.

PK se quedó mirando al cielo con una sonrisa mientras pensaba.

—¿Muerte?, que me importa a mí la muerte si ahora estoy más vivo que nunca, que me importa a mí la muerte si esta flor es tan bella que se me saltan las lágrimas y el cielo es tan grande que

me pierdo en él. A veces, hay que dejar de un lado la muerte, ya que el momento llegará repentinamente, y si te centras en todo lo que no puedes hacer por miedo a la muerte, te darás cuenta de que no habrás estado vivo, tan solo habías estado ahí, tan solo habías estado presente. Dicho todo esto, me gustaría saber cuánto tiempo me queda –dijo PK respondiendo a la pregunta de la IA.

–Te quedan unos veinte minutos –respondió la IA.

–Entonces, necesito pedirte un favor –dijo PK con una voz secante y fría.

–Dime –respondió confusa la IA.

–¿Podrías darme una vuelta en la nave? –dijo ahora riéndose.

–Sinceramente, a los demás habitantes les habría dicho que no, pero supongo que se puede hacer una excepción –contestó la IA sin poder contener la risa.

Y así, PK se fue volando por aquel cielo rojizo, sin norte, sin destino, solo libertad. Nunca volvió al cubículo. Hay muchas teorías sobre lo que pasó con él: algunos dicen que simplemente murió feliz volando por el cielo, otros que se fue volando por ahí y se cambió el nombre a Halley y de vez en cuando se pasaba por un pequeño planeta llamado Tierra, y mi favorita, que se reencarnó en una pequeña flor rosa como la que más, en un prado lleno de colores.

Esta ha sido la historia de PK-212, el único habitante de Floe que sabía que el tren iba a arrollarlo y tuvo la valentía de abrirle los brazos y disfrutar de una última bocanada de aire fresco.



# Noa contra el olvido del tiempo



Ilustración: Henar Moros



# Noa contra el olvido del tiempo

Claudia Martínez Martínez

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

En este mundo la gente tiene algo especial: poderes únicos y magia. Algunos los descubren de pequeños, otros nunca llegan a encontrarlos. Hoy os hablaré de una niña muy peculiar: Noa, una niña pelirroja, con pecas y ojos de luna llena.

Noa nació un 13 de julio, un día extraño porque llovía y hacía sol al mismo tiempo. Desde pequeña fue muy curiosa. Cuando tenía cinco años perdió a su madre. Ella la protegió de un monstruo extraño y desapareció para siempre. Ahora Noa tiene doce años y su vida es un auténtico lío.

Esta mañana, de camino al colegio, se sentía más sola que nunca. Desde que su madre no está, su padre tampoco puede acompañarla. Al llegar, saludó a sus amigas y se fue a clase. Al entrar, vio todo patas arriba: uno de sus compañeros ya había descubierto su poder y no dejaba de usarlo, aunque estuvieran prohibidos en clase. El día pasó rápido. De deberes, la profesora pidió escribir sobre algún recuerdo del pasado. No muchos se acordaban, excepto Noa, que lo recordaba todo con claridad. Le pareció extraño, pero no le dio importancia.

Al volver a casa, Noa preguntó a su padre si se acordaba de mamá, pero él negó con la cabeza. Lo intentó de nuevo:

—¿Recuerdas el parque acuático donde fuimos el verano pasado?

Su padre volvió a negar y se marchó a contestar una llamada del trabajo. Noa comió sola, pensativa: «¿Por qué papá no recuerda el verano pasado? ¡Fue hace tan poco!».

Después de comer y hacer los deberes, salió al parque con Estrella, su mejor amiga, que ahora podía volar gracias a su nuevo poder. Mientras paseaban, Noa le preguntó:

—¿Te acuerdas del campamento de primavera de este año?

Estrella se quedó callada un buen rato. Finalmente negó con la cabeza. Así se confirmaron las sospechas de Noa. Alguien debía de estar usando su poder para borrar los recuerdos de todos, menos los suyos.

Un día festivo, Noa estaba en el sofá del balcón, mirando el cielo curioso: lluvioso y soleado a la vez. Le recordaba el día en que nació..., y a su madre. De pronto, sintió el abrazo cálido de un rayo arcoíris, pero seguía disgustada porque nadie podía recordar un día tan bonito. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo. Se sintió llena de decisión y de poder.

¿Había descubierto su don? Solo faltaba que despertara del todo.

Pasaron varios días. Noa se desesperaba; su don seguía sin manifestarse, y nadie recuperaba sus recuerdos. Hasta que, en clase, nerviosa, empezó a enlazar ideas y llegó a una conclusión. Justo entonces, su poder se desató. De repente, volvió al pasado. No tenía cinco años: seguía igual que ahora, pero todo sucedía a cámara lenta. Veía a la gente ser devorada por el «olvido oscuro». A lo lejos, vio a su madre llevándola en brazos, mientras el monstruo las perseguía. Noa corrió tras el olvido, le agarró un brazo y empezó a escalarlo. No fue fácil; esquivó los otros tentáculos oscuros y llegó hasta

la cabeza. El olvido luchaba, y Noa temblaba, pero recordó su libro favorito y gritó un hechizo:

—¡Monstruo, malvada criatura, olvídate de tu razón oscura!

El olvido retrocedió, confundido. Noa no dudó:

—¡Ya no te veré más, al vacío te voy a desterrar!

El monstruo se transformó en una columna de humo. Noa había logrado cambiar la historia y salvar al mundo del olvido.

En ese momento, su madre se giró y le dijo:

—Gracias, Noa. Sabía que lo lograrías.

De pronto, Noa volvió al presente, a casa, y vio a su madre abrazando a su padre. Corrió y se lanzó a sus brazos. Salieron a pasear. Vieron a Estrella riéndose. Noa corrió y le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—¡De cuando metiste la mano en la laguna, te mordió una sanguijuela y dijiste que no pasaría nada!

Noa sonrió. Lo había logrado. Había salvado al mundo, había cambiado el destino. Y, por fin, todos recuperaron sus recuerdos.

FIN



## Luis y la aventura en el tiempo



*Ilustración: Miguel Alemán Moreno*



# Luis y la aventura en el tiempo

Julio José González Marte

Hospital General Universitario Santa Lucía

Esta es la historia de Luis, un chico que quería viajar al pasado para poder ver a su abuela ya fallecida, pero al descubrir la forma de regresar en el tiempo, antes había querido despedirse de sus amigos y de su queridísima madre, aunque no podía porque no le creerían lo que dijese. Entonces, Luis tuvo que irse sin despedirse y hubo un fallo...

Al volver al pasado, descubrió que no estaba en la época que quería. Las coordenadas de la máquina del tiempo fallaron, debido a que hubo un error en la programación.

Este fallo mandó a Luis a un tiempo en el que no existía la electricidad y solo había el estatus noble y el plebeyo, donde la única ley dominante era la de los reyes y los nobles.

Luis, que venía del año 2070, al ver que estaba en un lugar completamente desconocido, sin saber qué había pasado, se dijo en su cabeza: «¿Y si la máquina del tiempo ha fallado?». Menos mal que tenía su móvil para utilizarlo, y le preguntó a la guía artificial si podía adivinar en qué época estaba. Esta le respondió:

—Estamos en la Edad Media.

Al enterarse de que estaba en esta era, quedó sorprendido, ya que no era el destino al que él quería ir. Fue entonces cuando quiso volver a casa a arreglar la máquina del tiempo, pero no podía ya que se había dañado. Le preguntó a la guía artificial que cuánto duraría para poder arreglarla. Sorprendido, escuchó cómo le decía que duraría aproximadamente dieciocho años...

Preocupado, dijo:

—¡No tengo ese tiempo!

—Eso es lo poco que puedes durar para arreglarla, porque normalmente se tardan unos treinta años —respondió la guía.

Pero la guía le terminó diciendo que tenía algunas ventajas, ya que sabía dónde estaban la mayoría de piezas para arreglar la máquina del tiempo, y le fue diciendo a dónde tenía que dirigirse para empezar el proceso.

Luis emprendió un viaje al primer lugar, donde había diez piezas, se dirigía hacia Zopretonia, un reino que se encontraba al sur de donde estaba él.

Al llegar, no sabía qué idioma se hablaba, pero hubo un rayo de esperanza cuando vio que podía hablar el mismo idioma que las personas de Zopretonia. Entonces entró al reino y fue directo a la primera ubicación, donde había algunas piezas. Pero no todo era color de rosa, ya que estaba en el castillo del rey Albert y pensó que sería imposible entrar al palacio.

Pidió ayuda a la guía y le dijo que podía pedir una audiencia con el rey. Así que, con nervios, le dijo a uno de los guardias que quería una audiencia con él, y el guardia, enojado, lo echó fuera.

Luis no era de los que se rendían tan fácilmente, y haría lo necesario para poder tener una audiencia con el rey. Así que, tras muchos intentos, el guardia, ya cansado, le hizo caso y con miedo entró al palacio y le comentó que un extraño quería hablar con él y que era sabio y buena gente.

Luis pasó dentro, caminó por el pasillo y se encontró con la segunda princesa, Margaret. Era muy arrogante, pero buena gente. A veces abusaba de su estatus como princesa...

El guardia le dijo a Luis que se arrodillase ante la princesa, y él obedeció. La princesa no le dio importancia y se marchó. Siguieron avanzando hasta llegar a la sala del rey Albert, se arrodilló y le saludó con formalidad.

El rey le preguntó a Luis qué es lo que quería. Desconfiado, y sin saber si lo creerían, le contó todo al rey, quien sorprendido, le terminó diciendo que le dejaría estar en el castillo y buscar las piezas a fondo, pero primero necesitaba que fuera al monte Fuji y trajera la flor de la vida.

Luis, también sorprendido, le preguntó qué era esa flor y para qué la necesitaba. Le comentó que Margaret tenía una enfermedad que terminaría con su vida a los diecisiete años y la necesitaban rápido ya que el diecisiete cumpleaños de Margaret era en dos meses.

Aunque Luis recordó que la princesa lo había ignorado, necesitaba las piezas para arreglar la máquina del tiempo, y no podía dejar que muriese. Así que le dijo al rey que haría todo lo posible para encontrar la flor de la vida para su hija.

El rey dio un caballo y una espada a Luis para que se defendiese (sonará gracioso, pero Luis no sabía montar a caballo y espera-

ba que fuera fácil). Como el monte estaba próximo al Reino de Zopretonia, podría ir caminando si no le cogía el truco a eso de montar en caballo.

Pero no contaba con que este pasado no era cualquier pasado de otro mundo, ya que había demasiadas bestias y muchas cosas más que le aterraban... A pesar de todos los problemas, Luis se pudo adentrar en el monte Fuji y, de golpe, se topó con una bestia horrenda. Como nunca había empuñado una espada, con mucho miedo acabó huyendo en el caballo como pudo...

Estuvo unas semanas perdido, entrenando con su espada y sobreviviendo, alimentándose de lo que podía. Se sentía una persona diferente y, de golpe, una mañana recordó que casi sería ya el cumpleaños de la princesa, así que tendría que buscar la flor de la vida en la cima del Fuji. Se extrañó de no ver a ninguna bestia y siguió subiendo. Pero, cuando llegó a lo más alto, había una gran bestia con la que acabó luchando y, a pesar de las lesiones, consiguió ganar, y se llevó su cabeza para entregarla al rey.

Luis recogió la flor y se marchó abajo, cogió su caballo y emprendió el regreso hacia el reino. Pero hubo una estampida de bestias y tuvo que pedir al caballo que corriera más rápido. Tras una hora, ya casi habían salido del monte y habían dejado atrás a todas esas bestias en estampida.

Al llegar al reino, las trompetas sonaron, ya que Luis había vuelto con la flor de la vida, y se topó con la familia real entera: la primera princesa, la segunda, el rey y la reina.

Luis le entregó al rey la flor y el rey se la dio a los alquimistas que iniciaron el proceso de la medicina. Además, le entregó la cabeza de la gran bestia.

El rey, sorprendido al ver que no solo había traído la flor, sino también la cabeza de la gran bestia del monte Fuji con la que nunca habían podido ni cien soldados, le dio el título de Cazador de Bestias y muchos otros beneficios. Pero Luis lo que quería era volver a casa...

Pasaron unos días y localizó dentro de palacio varias piezas que necesitaba y, con los días, el cumpleaños de la princesa ya había llegado. Se alegraba de que pudiese estar bien, pero no fue a la celebración, solo le importaban las piezas para su máquina del tiempo... Así que se dedicó a buscar en un mapa de palacio dónde estaban todas las ubicaciones de piezas restantes.

El gran mapa de palacio le mandaba a otros reinos y lugares ocultos de Zopretonia. Tenía que descansar para emprender al día siguiente el gran viaje a por el resto de piezas que necesitaba.

Al rato de estar acostado, escuchó cómo tocaba a la puerta la princesa Margaret para preguntar cómo estaba y decirle que le había echado mucho de menos en la fiesta de su cumpleaños y que se sentía fatal por haberlo ignorado el día que se conocieron.

Luis la escuchó y solo le respondió que al día siguiente tenía que viajar a buscar las piezas que necesitaba para su máquina, lo que dejó a Margaret muy apenada.

Comenzó su viaje y, de camino al Reino de Atlas, de repente habló la guía artificial y le indicó perfectamente el resto de reinos donde tenía que ir, ya que en cada uno encontraría diez piezas de las que necesitaba.

Tras varios meses de viaje, ya tenía cuarenta piezas. Solo le faltaban las del Reino de Vulcand, un reino al que no le resultaría nada fácil entrar, ya que estaba protegido por una bestia enorme que vigilaba.

Siguió avanzando y llegó al reino. Se enfrentó a la bestia. Luis quedó gravemente herido en una esquina, pero consiguió levantarse y encontrar las piezas que le faltaban para terminar de arreglar la máquina.

Ya tenía todo lo que necesitaba y se preguntó si había merecido la pena... Estaba pensando bien, parece que acababa de despertar... Posiblemente ya no tendría madre ni nadie que le esperase en casa o podía ser que la máquina volviera a fallar...

Un gran giro de guion. Volvería a Zopretonia, donde sí sabía que era muy querido y se moría de ganas de volver a ver a Margaret.

Cuando llegó a palacio, fue bienvenido y muy bien recibido. Allí decidieron que se quedara a vivir, también teniendo en cuenta los sentimientos que mostraba Margaret hacia Luis.

De esta manera, fueron pasando los días y decidió pedir la mano de Margaret. Se casaron en palacio y, como la princesa primera no tenía esposo, se convirtieron en reyes de Zopretonia.

Zopretonia se convirtió en un reino muy popular gracias a las hazañas del ya rey Luis, quien vivió una gran historia por un error en su máquina del tiempo...

Por este motivo, nunca debemos abandonar nuestros sueños y, aunque algo salga mal, debemos seguir siempre adelante.

# Tiempo olímpico



Ilustración: Sioni López



# Tiempo olímpico

Gabriel Martínez Hernández

Hospital General Universitario Santa Lucía

Era verano en Grecia, cuando la arqueóloga Stella Maris y su hijo Gabe llegaron en busca de unos antiguos pergaminos que el abuelo de Gabe había descrito en su diario, relacionados con el paso del tiempo.

Tardaron días en encontrar las ruinas del templo griego que describía el abuelo en las hojas de su diario. Ellos, siguiendo las indicaciones y descripciones que durante años fueron anotadas, se toparon ante las puertas del templo, único dedicado al titán Cronos, titán del tiempo.

Se adentraron en él sin saber las sorpresas que podían encontrar dentro del templo.

En él se toparon en primer lugar con dos esculturas de esfinges que bloqueaban una puerta, y en ellas se leía una inscripción:

**«¿Qué ser con una sola voz tiene cuatro patas, dos patas y tres patas?».**

Gabe miró a su madre con una sonrisa:

—Mamá, tú también lo sabes, jugar a enigmas era el pasatiempo favorito del abuelo al visitarnos.

—¡Es el ser humano! —gritó Stella. Y las esfinges se desplazaron abriendo la puerta.

Al abrirse la puerta, una luz clara e intensa los cegó por un momento. Cuando sus ojos pudieron ver de nuevo, descubrieron un hermoso jardín de extraños árboles frutales, manzanos de los que resplandecían manzanas doradas, manzanas de oro.

—Ten cuidado, no lo despiertes, Gabe. Reconozco el jardín y sé quién es su guardián.

Se encontraban en el jardín de las Hespérides, cuyo guardián era un dragón de cien cabezas, Ladón.

—Gabe, no te acerques a los manzanos, sigamos por este camino, es más largo, pero es más seguro.

Sin mirar atrás, rodearon el monte Atlas. Tras él se encontraron una nueva puerta, con una nueva inscripción:

**«Todo lo devora: pájaros, bestias, arboles, flores; roe el hierro, muerde el acero; mata reyes, arruina ciudades y hunde montañas».**

—Mamá esta te la dejo a ti.

—No es la guerra, ni la enfermedad, es algo que se me escapa de las manos, es..., es el tiempo, Gabe. Este es el templo de Cronos, solo el tiempo guarda sus secretos. ¡Es el tiempo! —gritó Stella, y una vez más las puertas se abrieron.

Un hermoso trono, con una titánica estatua de Cronos sentado en él, les dio la bienvenida. No podían creer su suerte: junto a la gran escultura descansaba una bandeja sobre un reloj de arena, y en ella unos pergaminos. Si eran los que buscaban o no, solo había una manera de descubrirlo.

Madre e hijo se acercaron y los cogieron, y entonces...

—¿Qué hacéis aquí en el monte Olimpo?

—No sé cómo he llegado —dijo Gabe algo confundido.

—No nos riñas ahora, estamos aquí por ti... Papá.

La familia se reunió en un fuerte abrazo. Se dieron cuenta de que eran observados: Athenea saludó a los recién llegados.

—Hola, amigos de mi más fiel consejero, Nikos.

—Abuelo, creo que tienes mucho que contar.

El abuelo les contó cómo buscando los papiros llegó a parar, al igual que ellos, al monte Olimpo y que con sus conocimientos de lo antiguo y futuro llegó a asesorar a la mismísima diosa Athenea.

—Pero, ha llegado el momento de marcharme, de volver a casa con vosotros.

—¿Y cómo lo haremos? —dijo Gabe.

—Si ese es tu deseo, Nikos, yo os ayudaré —se escuchó la voz de Athenea.

Los llevó junto a su hermano Hermes, mensajero de los dioses y dios de los viajeros; él los llevaría a casa viajando por el espacio y el tiempo. Pero necesitaba sus sandalias aladas, que perdió en un accidente.

—Para eso necesito las sandalias mágicas que solo los cíclopes saben fabricar —comentó Hermes.

—Pero ¿cómo las conseguiremos? —dijo Gabe.

—Intercambiando una cosa rara o valiosa con un cíclope, y te lo dará sin más —dijo Hermes.

—Pero ¿qué intercambiaremos? —preguntó Gabe, aún más curioso.

—Un rayo de Zeus —comentó un sonriente Hermes.

—¿Cómo?! —gritó Athenea.

—Con mi astucia —dijo Hermés. Y sin más, desapareció de allí.

Hermes fue a conseguir el rayo de Zeus usando toda su habilidad; por algo tiene el título menor del dios de los ladrones. Lo cogió y fue a por sus pasajeros. Ya recuperaría su rayo 'el jefe'.

—¿Dónde lo intercambiamos? —preguntó Nikos.

—En la Isla Cíclope, claro —dijo Hermes.

—¡Vayamos a ello! —acompañó Athenea.

Al llegar se encontraron con Polifemo, que les gruñó:

—¿Qué queréis?

—Vengo a por unas sandalias nuevas.

—¿Qué me ofrecéis a cambio?

—Un rayo de Zeus —contestó Hermes alegremente.

Polifemo, sin pensarlo, dijo que sí.

Tenían las sandalias, pero faltaban las plumas que las hacían volar, y las únicas capaces eran las plumas de un grifo, y estos se encontraban en lugares con mucho oro. Sabían dónde ir.

Llegaron a Agrigento, la ciudad con más oro de Grecia, donde fue fácil encontrarlo, y de un fuerte tirón le arrancaron cuatro plumas y las llevaron a Polifemo para terminar las aladas sandalias.

Y tras despedidas y un rápido vuelo, llegaron a casa, donde todo estaba igual que antes de su marcha.

Hermes pidió el diario para evitar más visitas al monte Olimpo, recordándoles que no todo dios poderoso es bueno.



# Dos tiempos



Ilustración: Kike Sánchez



# Dos tiempos

---

Anthony Wilmer Vélez Reina

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

El tiempo no siempre es igual. A veces es rápido y divertido, y otras veces es lento y un poco triste. Yo tengo dos tiempos en mi vida: el de antes de ponerme enfermo y el de ahora, en el hospital.

Antes, mi tiempo era feliz. Vivía en Ecuador y mi abuela tenía una tienda. A mí me gustaba mucho entrar porque había comida, chuches y helados. Yo siempre cogía patatas fritas, pero tenía que ayudar a mi abuela. Hacía mandados y ponía cosas en las lejas. Me gustaba ayudarla.

También iba al huerto con mi abuelo. Me gustaba desenrollar la manguera y ayudarle. Cuando no me llevaba, me ponía a llorar porque yo quería ir siempre con él. Me gustaba montar en bici en el patio de mi casa.

Como vivíamos en el campo, durante la pandemia tenía mucho sitio para jugar. Detrás de mi casa había un río y allí hicimos una cancha de fútbol. A veces me escapaba para ir a jugar. Un día me fui a jugar al escondite con un amigo y volví a casa muy sucio, lleno de lodo. Mi mamá me bañó fuera y me quedé limpio otra vez.

Me encantaba bañarme en los canales de la huerta de mi abuelo. También me gustaba coger grosellas de la casa de mi vecina y comerlas. Estaban muy buenas. Comía mangos verdes con sal, pimienta y limón, que cogía 'prestados'. Recuerdo a mi abuelo partiendo coco y cuando íbamos a la apiladora, una máquina grande, donde le quitaban la cáscara al arroz. Yo volvía a casa todo lleno de pelusa.

Siempre he sido un niño inquieto. Me gustaba jugar al fútbol y entrenar con mis amigos. Ese era mi tiempo de antes, un tiempo feliz.

Ahora estoy viviendo otro tiempo. Llevo tres meses en el hospital. Aquí el tiempo pasa despacio. No me gustan los pinchazos ni las agujas. A veces los tratamientos me hacen sentir mal y otros días tengo fiebre. Hay días muy largos.

Pero sé que este tiempo pasará. Vendrán tiempos mejores. Volveré a correr, a jugar y a reír. Y cuando eso pase, recordaré que también fui valiente en este tiempo difícil.

Porque el tiempo cambia, y yo sigo adelante.

## La pandilla Semana



Ilustración: José Antonio Palop Navarro



# La pandilla Semana

Vega Gómez Merino

Hospital Clínico San Carlos-Madrid

Era un día un poco aburrido en la casa donde estaba la *pandilla Semana*.

En aquella casa estaba el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado y el domingo. Estaban todos discutiendo quién era el más especial.

El lunes estaba muy triste, se puso de color azul con esta conversación, porque todos decían que era muy aburrido.

Todos pensaban que el jovencito viernes era el más divertido porque podían ver una película mientras comían palomitas. Además, era amigo del más importante de los amigos; vamos, el más molón, el sábado.

El domingo era un hombre mayor interesante, con periódico en mano y sombrero de paja, siempre estaba sentado, descansando, pero se sentía muy identificado con el lunes, y le daba pena, pues estaban siempre juntos.

El martes, el miércoles y el jueves eran los del medio y querían ayudar al pobre lunes para que se tranquilizara y disfrutara de ser quien es, así que le hicieron un regalo muy especial: una pelota, una comba y un monopatín.

—¿Para qué quiero yo esto? —preguntó el lunes.

Y todos contestaron:

—Para jugar en el parque. ¡Los lunes son geniales! Ves a todos los amigos del cole y puedes quedar con ellos en el parque.

Desde aquel día, el lunes no daba pereza, daba tranquilidad pura.

Aquella semana, todos tuvieron un día feliz.

# CATEGORÍA C

(De 14 a 17 años)



# La máquina del recuerdo



Ilustración: Pablo Moreno Giménez



GANADORA CATEGORÍA C

# La máquina del recuerdo

---

Érika Prieto Martínez

Hospital Infantil Universitario Niño Jesús

Hace un tiempo, conocí a una chica. Se llamaba Hannah. Tenía unos diecisiete años. Siempre había sido una niña risueña, muy divertida y sociable, y amaba estar con sus amigas, Sarah, Max y Evelyn, a las que consideraba sus hermanas, aunque toda esta vida ideal cambió por completo en cuestión de dos años.

El verano de 2023, su amiga Evelyn murió en un accidente de coche. Hannah nunca lo quiso reconocer delante de sus amigas, pero para ella Evelyn era un pilar fundamental; era una de esas amigas que cualquier persona querría tener. Para Hannah no solo era su amiga, era su alma gemela, su confidente e, incluso, la consideraba como su hermana de sangre, aunque biológicamente no lo fuera.

La muerte de Evelyn fue un golpe enorme en la vida de Hannah, quien ya había perdido a su madre durante el parto. Su madre, Eloise, nunca había querido tener hijos, pero su marido, Frank, lo deseaba con todas sus fuerzas, así que finalmente tuvieron a Hannah, pero por algunas complicaciones médicas, murió. Desde ese momento, Frank no volvió nunca a ser el mismo. Hannah no llegó a conocer a su padre realmente, y por ello sobrellevaba

bastante bien su depresión, su tristeza, sus graves problemas con el tabaco y el alcohol y con sus cambios de humor continuos.

Sin embargo, una noche, su padre sufrió un coma etílico que lo dejó en el hospital durante unas semanas, aunque con pocas esperanzas de poder sobrevivir. Después de unas semanas, Hannah decidió acudir finalmente al hospital, donde solo confirmó sus temores: su padre había muerto.

Después de ver cómo su padre había dejado de respirar y su corazón no latía, Hannah no se sentía con fuerzas ni para mantenerse en pie. Volvió a casa, pero tenía una sensación muy extraña, como si su cerebro hubiese parado de mandar señales a su cuerpo y sus piernas se movieran solas. Miró a través de la puerta del hospital, que era transparente, y vio cómo estaba diluviando, así que se puso la capucha y salió en dirección a su casa.

De camino, pasó por un parque donde vio a una familia. Estaba compuesta por los padres y una niña de aproximadamente unos tres o cuatro años. Hannah vio su reflejo en aquella niña, feliz, risueña, y que amaba estar con sus padres. En ese momento se dio cuenta de que todo dentro de ella había muerto, no era capaz de sentir nada, se sentía vacía y solo quería desaparecer y reencontrarse con todas las personas que amaba y que había ido perdiendo a lo largo de su vida.

Al llegar a casa y abrir la puerta, un ambiente de soledad y tristeza la abrumó, por lo que cayó al suelo de rodillas y empezó a llorar desconsoladamente, hasta quedarse dormida.

Cuando abrió los ojos, vio cómo una mujer y un hombre con una expresión triste y arrugada la miraban con gran preocupación; eran sus abuelos:

—A partir de ahora vivirás con nosotros, pequeña —dijo su abuela con cariño.

Sus abuelos vivían en una gran parcela con un pequeño huerto y un granero, muy alejada de la ciudad. Hannah había ido allí algunas veces cuando era muy pequeña, pero solamente tenía recuerdos borrosos.

Después de un largo viaje, llegaron a la casa, que tenía un aspecto desgastado y algo oscuro. Por su parte, Hannah se sentía triste, desconcertada, tenía tantas emociones juntas que ya no podía sentir nada. Mientras caminaba hacia el granero para estar a solas durante un tiempo, se tropezó con lo que parecía ser una gran caja de metal, que tenía un teclado que marcaba el año en el que se encontraban, y muchos cables conectados entre sí. La miró durante unos instantes, y de repente su abuelo apareció detrás de ella:

—Sí, es una máquina del tiempo, aunque no lo parezca. Desde que tu madre murió, hice todo lo posible por intentar recuperarla de cualquier manera. Investigué muy a fondo este tema, pero como ves, no tuvo ningún resultado —dijo su abuelo.

Hannah lo miró con tristeza durante algunos segundos:

—Y, ¿cómo funciona? —preguntó la joven, curiosa.

—Bueno, no es fácil de explicar, pero, mediante el teclado que tienes enfrente se puede cambiar el año al que quieras viajar, y al juntar los cables, viajarás —explicó el abuelo.

—¿Funciona? —preguntó la joven decidida.

Su abuelo le explicó que sabía perfectamente que funcionaba, pero corría el gran riesgo de que una vez que viajara al pasado,

no pudiera volver a su tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, la joven se dirigió a la plataforma de la máquina, programó viajar un tiempo antes de ser planeada, aproximadamente a principios de 2005, y conectó los cables, sin escuchar las advertencias de su abuelo. Sabía que, si impedía que su madre se quedara embarazada, ella podría vivir una vida feliz junto a su marido, aunque eso significara la desaparición de Hannah. Ella estaba dispuesta a todo con el objetivo de que su madre pudiera vivir la vida feliz que ella no pudo.

Cuando Hannah quiso darse cuenta, se encontraba en el mismo lugar, en el granero, pero aún no se había construido, estaba en el año 2005. Estaba muy lejos de la ciudad y ni siquiera sabía cómo podía llegar. Caminó durante unos pocos metros y encontró una bicicleta azul en perfecto estado, tirada en medio del campo. La cogió, y rápidamente pedaleó hacia la casa de sus padres, que, en el futuro, se convertiría en su casa.

Al llegar a la puerta, Hannah pudo escuchar gritos. Al segundo, supo de lo que estaban discutiendo, ya que su padre le recriminaba continuamente a su mujer su negativa a tener hijos:

—No quiero tener hijos, ¿vale, Frank? —gritó su madre.

—¡Por qué! —exclamó su padre con algo de rabia en sus palabras.

Después de escuchar todo eso, Hannah sintió una punzada en el pecho, estaba presenciando cómo su madre se negaba a tenerla y cómo su padre insistía incansablemente. La joven tocó la puerta. En ese momento los gritos cesaron. Esperó unos segundos mientras sentía todo su cuerpo paralizado, hasta que un

hombre le abrió la puerta. —¿Te ocurre algo? ¿Estás perdida? —preguntó su futuro padre.

—No —respondió ella—, ¿puedo pasar un momento? —preguntó.

—No queremos ninguna clase de propaganda, muchas gracias.

En ese momento, Hannah se sentía impotente, no sabía qué decir, pero levantó la cabeza y decidió ser valiente:

—No intento traer nada de propaganda.

Después de decir esto, le enseñó a su padre una foto que siempre llevaba consigo. La fotografía era de su madre embarazada, y se veía algo antigua:

—Por favor, esto es más importante de lo que piensa —dijo la joven con seriedad.

Frank no podía creer lo que estaba viendo, por lo que le abrió la puerta inmediatamente.

En el momento en que Hannah entró en la casa, sintió un gran nudo en la garganta. Sería la casa donde viviría el resto de su vida, pero ahora, sin sus padres. Su madre se encontraba sentada en el sofá de su salón, cabizbaja. Levantó la mirada cuando notó la presencia de Hannah e inmediatamente le preguntó quién era. Hannah se quedó helada, se le olvidó hablar, e incluso caminar. Ver a su madre viva era casi un milagro para ella: toda su vida deseaba haberla conocido, quería tener una figura materna y ahora estaba ahí, enfrente de sus narices.

—Bien —comenzó diciendo—. Esto no va a ser fácil de asumir, pero por favor, tienen que creerme.

Sus padres estaban atónitos, pero ninguno de los dos dijo nada, y escucharon pacientemente:

—Me llamo Hannah Smith y soy su hija. He viajado en el tiempo, y tengo pruebas —dijo enseñando la fotografía—. Ustedes son mis padres, pero tú, mamá, morirás en el parto —dijo con los ojos llorosos—. Y tú —dijo señalando a su padre—, quedarás destrozado tras su muerte, y durante diecisiete años tendrás problemas con el alcohol y el tabaco, que acabarán contigo.

Después de esta gran confesión, Frank miró a Hannah con curiosidad, pero a la vez con un tono de preocupación:

—¿Y qué haces aquí entonces?

—No quiero que tengáis que morir, y por ello necesito convencerlos de que ella no se quede embarazada. No me importa si no puedo existir en el futuro, solo quiero que podáis vivir la vida feliz que deseáis porque sois gente increíble, y ahora más que nunca puedo decir que estoy muy orgullosa de los padres que tengo. No quiero que mi vida os cueste la vuestra, porque desde que ambos no estáis, mi vida ha dejado de tener sentido. A veces, sueño con vosotros, con cómo sería una vida feliz y plena a vuestro lado porque, a pesar de todo, ambos habéis dejado con vuestra ausencia una huella que jamás podré borrar —dijo la chica sollozando.

La habitación se quedó en silencio absoluto, mientras que sus padres fueron a darle un emotivo abrazo que se sintió como una cura para Hannah.

—Y, ¿no hay ninguna posibilidad de que puedas quedarte aquí? No como una visita ni como una advertencia que va a desaparecer, sino como nuestra hija —dijo su madre en un tono algo melancólico.

—Este fue, es y será siempre tu hogar, hija —dijo su padre, visiblemente emocionado.

Hannah miró a sus padres, más jóvenes, asustados, pero sinceros. Por primera vez en su vida no se sintió como una intrusa, sino como alguien que estaba exactamente donde debía estar.

—La verdad es que, en mi tiempo, no tengo mucho. Desde que murió papá, dejé de salir con mis amigas y me quedé totalmente aislada de todo y de todos. Siempre me sentí vacía, y ahora sé que vosotros sois las piezas que me faltaban.

—En ese caso, bienvenida de nuevo a tu hogar, hija mía —dijo su madre con emoción.



## El soldado de mamá



*Ilustración: Génesis Gabriela Ochoa Méndez*



# El soldado de mamá

Nathalie Bayoleth López Pineda

Hospital General Universitario Santa Lucía

—¡Irina!—llamé a mi nuera, totalmente entusiasmada.

—Mande —me contestó ella con su tono educado tan habitual.

Ella bajó su libro y alzó la mirada hacia mí. Yo tenía los ojos brillantes de emoción. El corazón a punto de salirse de mi pecho y unas ganas enormes de adelantar el tiempo.

—¡Hoy vuelve! ¡Es hoy! —exclamé dando saltitos.

—¿Quién viene, Svetlana? —me preguntó ella.

—¡Ván. ¡Ván vuelve a casa hoy! —recordé con emoción.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de ella. Me dice algo, yo no recuerdo qué es lo que ella me dice. La emoción me gana.

Y es que, ¿Cómo no estar contenta?

Mi niño, mi pequeño soldadito volvía a casa.

Yo corría de lado a lado por toda la casa, no sabía ni siquiera qué buscaba o qué hacía precisamente, pero algo estaba haciendo.

¡Hacía más de dos años que lo había visto por última vez!

El tiempo se me había pasado volando entre cartas, noticias del frente, angustias, búnkeres y pérdidas a nuestro alrededor.

Mi Iván ya no era aquel niño de cabello color vainilla que corría por el campo recibiendo todo el frescor de la brisa primaveral. Ahora era un hombre, un joven apuesto, alto, robusto como su padre cuando lo conocí. Era su viva imagen.

Pero, para mí, él siempre seguiría siendo el mismo niño pequeño que a veces llevaba al *koljós* conmigo.

Aquel que corría de lado a lado y al que regañaba por pisar los sembradillos.

¡Vaya que era hiperactivo!

Y por Dios, vaya que amaba los animales. Siempre aparecía con animales en casa cuando volvía del colegio.

Que si aparecía con un gato, que si era un perro, que si un conejo. ¡Un día apareció cargando un pato!

Recuerdo que yo lo regañaba y le decía que al colegio se iba a estudiar, no a hacer un refugio de animales.

Pero es que a él nunca se le dieron bien los estudios.

No sé si el problema era él, o quizás era el método de enseñanza porque él aprendía muchas cosas por su cuenta y podía pasar horas y horas hablando de eso.

Lástima que él, desde niño, se resignó a lo que los maestros le decían.

Él creyó que nunca serviría para ser médico, científico, abogado o político.

Le habían inculcado que simplemente serviría como un número más en la lista del ejército, así que él se centró en eso.

Quiso ser soldado como su papá.

Recuerdo que aún era un niño pequeño cuando lo decidió.

Él tomaba una ramita pequeña que tenía forma de fusil, se ponía un caldero en la cabeza y tomaba el abrigo militar de su padre —aunque le quedara gigante— y se ponía a marchar por todo el patio, cantando nuestro himno nacional.

Pero pronto creció y se hizo un adolescente.

Allí dejó de ser todo risas.

Empezó la guerra.

Él era un joven grande y fuerte. Su padre fue llamado al frente y quedamos solamente él y yo.

Él se convirtió en el hombrecito de nuestra casa, pero aún seguía mimándolo como si todavía fuera un bebé.

Y es que para mí, él aún es mi bebé.

Recuerdo..., el momento en que fue llamado a la guerra.

Yo me negué, le sugerí un exilio.

Prefería no verlo, pero saber que estaba bien, a verlo, pero en un cajón que oliera a pino.

Él era un bromista, intentó tranquilizarme.

Recuerdo sus últimas palabras antes de irse: «No te preocupes, mamá. Yo soy inmortal hasta que se demuestre lo contrario».

Recuerdo que la noche anterior estuvimos hablando.

Yo lloré mucho.

Él me prometió que regresaría sano y salvo. Me dijo que volvería, que se casaría con Irina, que tendrían una familia grande.

Él quería dos niñas y dos niños.

Yevgeny, Ana, Olga y Alexei.

Necesitarán una casa muy grande para eso.

Yo había ahorrado mucho estos años para la boda.

Quería que fuera a lo grande, ellos lo merecían.

Su novia, Irina, era un amor conmigo. Luego de que Iván se fuera, ella vino a vivir conmigo, y juntas lo esperábamos todos los días.

Hoy, un conocido que está en el alto mando, me llamó.

Su voz era rara, un tanto vacilante, quizás por el desvelo.

Me dijo que hoy no saliera de casa, que llegarían del ejército sobre eso de las cuatro de la tarde.

No me dio más detalles, me dijo que hoy vería a mi hijo.

Su voz se atascó cuando lo dijo, pero bueno, supongo es de esperarse: ellos ven todo tipo de horrores allá; es lógico que se sienta mal y lo refleje al hablar.

Y tal cual lo dijo, a las cuatro en punto pude divisar a lo lejos un vehículo militar.

Me paré en la puerta entusiasmada.

¡Había tanto por contar!

Cosas buenas y malas.

Sabía que había cosas que lo harían llorar mucho, como el hecho de que... Su padre había caído en batalla...

Y otras que lo iban a alegrar un poco, como el hecho de que tenía el dinero suficiente para que se casara cuanto antes.

El auto se detuvo frente a la entrada de mi casa rústica.

Bajaron cuatro hombres.

Yo estoy ansiosa por ver a mi hijo.

¿Seguirá igual?

¿Habrá cambiado?

¿Estaría más delgado?

¿Estará herido?

Pero... Él no bajó caminando.

Vi a los hombres bajar del vehículo una caja de madera, larga, envuelta en la bandera de nuestra nación.

Mi corazón se comprimió al instante.

Mis ojos se humedecieron.

Mis manos temblaron y mis pupilas se encogieron.

Ellos cargaron aquel ataúd que olía a pino fresco, y uno más bajaba y se acercaba a mí.

—¿Es usted la señora Kuznetsova? —me preguntó.

—S-sí... Soy yo... —contesté con un hilito de voz y la mirada fija en el ataúd.

—Lo siento mucho... —susurró él, apoyando una mano en mi hombro.

Yo no lo puedo creer.

Mi hijo no está allí dentro.

No. No. No. No.

Mi hijo bajará enseguida, riéndose por haber hecho otra de sus bromas tontas.

Y entonces le llenaré el rostro de besos y le regañaré, mientras suspiro aliviada.

Tendrá varias condecoraciones. Medallas.

Yo presumiré de él ante la familia.

Cuando él tenga hijos también presumirá.

Le contará a Yevgeny, Olga, Ana y Alexei sus hazañas en la guerra, cómo volvió a casa y cómo me sacó este susto.

Ellos entran. Ponen el ataúd sobre una mesa del salón.

Yo estoy desconcertada. Alzo la mirada, e Irina está en una esquina, petrificada y con las mejillas húmedas por las lágrimas. Sus labios tiemblan y de ellos se escapan sollozos casi inaudibles.

Sin embargo, de mis ojos no caen lágrimas.

Sigo en negación, no puedo creerlo.

Él es inmortal hasta que se demuestre lo contrario. Él mismo lo dijo, ¿no?

Me acerco temblorosa al ataúd.

Está la bandera allí.

La aparto con ira.

¡No quiero saber de la patria! ¡Quiero que mi hijo esté bien!

La bandera cae al suelo. Yo abro el ataúd.

Y...

Oh...Dios mío...

Allí está.

Mi hijo.

Mi bebé.

Mi pequeño soldadito.

La ira, tristeza y negación me invaden.

Le grito a Irina que deje de llorar, que él no está muerto, que está durmiendo.

Su rostro está sereno. Sus ojitos cerrados. Mechones rubios de cabello caen sobre su frente.

Yo tomo su mano inerte.

Está fría.

Tan fría como mi corazón ahora.

Yo froto mis manos contra la suya. La pego a mi pecho, intentando calentarla con mi propio calor.

Él está pálido, sigue inerte.

Él no se movería nunca más.

Él no ha cambiado nada.

Incluso está con el mismo uniforme con el que lo vi la última vez.

Pero ahora...

Ahora no está intacto, no está limpio.

Está sucio.

Está roto.

—Despierta, Iván. No me hagas esto, cielo —susurró en una súplica mientras besó su frente como cuando lo despertaba y era un niño.

—Iván... despierta —insistió sacudiéndolo.

Las primeras lágrimas empiezan a caer por mis mejillas.

Y entonces, comprendo que nunca más escucharé su voz, jamás volveré a ver sus ojos azules.

Entonces, es allí cuando entiendo que todos los sueños, las metas, los planes, el amor y su juventud, todo lo hermoso se quedó truncado.

Todo murió con él en la guerra.

Mi hijo.

Mi único hijo.

Mi pequeño soldadito se ha ido para siempre.

Siendo un joven lleno de vida.

Ni siquiera llegó a los veinte años, los iba a cumplir el próximo mes...





# El reloj de las sombras

Juan Collados Ibáñez

Hospital Infantil Universitario Niño Jesús

Érase una vez un niño llamado Elías que vivía en el pueblo de Valreblira, siempre cubierto de sombra. Elías era un chico de quince años que prefería la soledad y los libros a las conversaciones con gente que no lo entendía. Su lugar favorito era la antigua biblioteca del bosque, cerrada desde que el viejo bibliotecario desapareció sin dejar rastro.

Un día, entre estanterías llenas de telarañas, Elías encontró algo extraño: un reloj de bolsillo plateado, frío al tacto y sin manecillas. Lo curioso era que, aunque no marcaba la hora, latía como si tuviera vida propia.

Esa noche, justo al dar las doce, el reloj vibró, y un silencio imposible se apoderó del mundo. Elías miró por la ventana: el tiempo se había detenido. Los árboles no se movían, el viento se había congelado y una gota de agua colgaba inmóvil a centímetros del grifo. Solo él podía moverse.

Asustado, pero fascinado, salió a la calle. Las sombras parecían observarle. Y entonces, desde un rincón oscuro, una voz profunda le habló:

—Has despertado al reloj de las sombras. Ahora perteneces a su tiempo.

La sombra tomó forma: un ser alto, encapuchado, hecho de humo. Le explicó que ese reloj era un artefacto antiguo, creado para controlar los 'segundos vacíos'; espacios ocultos entre los instantes reales del tiempo. Allí vivían criaturas que no deberían existir y alguien debía vigilarlas. Ese alguien, ahora era él.

Con el reloj en mano, Elías fue llevado a un lugar entre mundos, un plano en donde el tiempo no fluía como debería. Allí encontró pistas sobre el viejo bibliotecario, que no había muerto, sino que se había quedado atrapado fuera del tiempo, intentando evitar que una de esas criaturas escapara al mundo real.

Elías no solo debía aprender a usar el reloj, sino también a tomar decisiones que afectarían a la realidad. Cada vez que lo usara, una parte de él quedaría atrapada en las sombras.

Finalmente, Elías destruye el reloj para salvar al bibliotecario, sabiendo que quedaría atrapado entre sombras, pero él desaparecería. Desde entonces, cada medianoche, el pueblo se detiene por un segundo y alguien observa desde la oscuridad.

## Entrevista con el tiempo



*Ilustración: Marina López Pérez*



# Entrevista con el tiempo

---

Ernesto José Garrido Montoro

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

No te voy a mentir, personalmente no tengo ni idea de lo que es el tiempo. Cuando era pequeño, me imaginaba o creía en el tiempo como algo que pasaba y no se detenía (creo, y muchos sabéis que no iba mal encaminado). Cuántas veces deseé que el tiempo se pudiese pausar..., quizás para haber aprovechado más un buen momento o simplemente para haber pasado más tiempo con algún familiar que tristemente ya no esté. Pero por suerte o por desgracia, eso no se puede hacer, y digo suerte porque al fin y al cabo es lo que nos enseña; el tiempo nos enseña que va cuesta abajo acelerando y sin frenos, y que aunque algunas veces parezca que nos pase lento, siempre termina avanzando, poniendo las cosas en su lugar. Es por ello que nos termina enseñando el disfrute del aquí y del ahora, esa es al menos mis percepción. Pero ¿qué percepción creéis que tiene el tiempo sobre sí mismo? Como yo tampoco la sabía, os voy a dejar una entrevista en la que tuve la oportunidad de conocerle y que dio mucho de lo que hablar y pensar.

Entrevista con el tiempo.

**Harry:** Buenos días, señor tiempo, mi nombre es Harry, y me gustaría hacerle una serie de preguntas a ver si usted me las puede responder con total sinceridad.

**Señor Tiempo:** Encantado, joven aprendiz. Le aseguro que todas mis respuestas serán contestadas empleando única y exclusivamente la verdad, aunque eso suponga que alguna parte de la entrevista sea más dura que otra.

**Harry:** Sin más dilación, aquí va la primera pregunta: ¿Por qué el tiempo pasa tan rápido cuando disfrutamos un momento y tan lento cuando estamos mal?

**Señor Tiempo:** Buena pregunta, amigo mío, creo que has intentado dar en el clavo, pero la respuesta no te va a gustar mucho. Verás, yo no soy quien cambia mis pasos (el paso del tiempo) si no tú, tú y solo tú tienes la capacidad de hacer que un momento te parezca eterno por malo que sea y viceversa, tú y solo tú tienes la capacidad de hacer que un momento parezca efímero por buenísimo que sea.

**Harry:** Mi segunda pregunta sería la siguiente: ¿El tiempo se lo lleva todo o hay cosas que nunca consigue llevarse?

**Señor Tiempo:** Verás, joven curioso, algunas cosas no caben en mis bolsillos, y es por ello por lo que por suerte para ti, no, no me lo llevo todo. Hay recuerdos que no se olvidan, amor que perdurará por mucho, y todo aquello que os marcó de verdad no me lo podré llevar.

**Harry:** ¿Por qué nos haces esperar tanto para algunas cosas y nos das otras sin avisar?

**Señor Tiempo:** La verdad es que yo nunca prometí ser justo, solo constante, es por ello que no sigo reglas humanas, simplemente avanzo al mismo ritmo sin esperar ni decidir qué es justo.

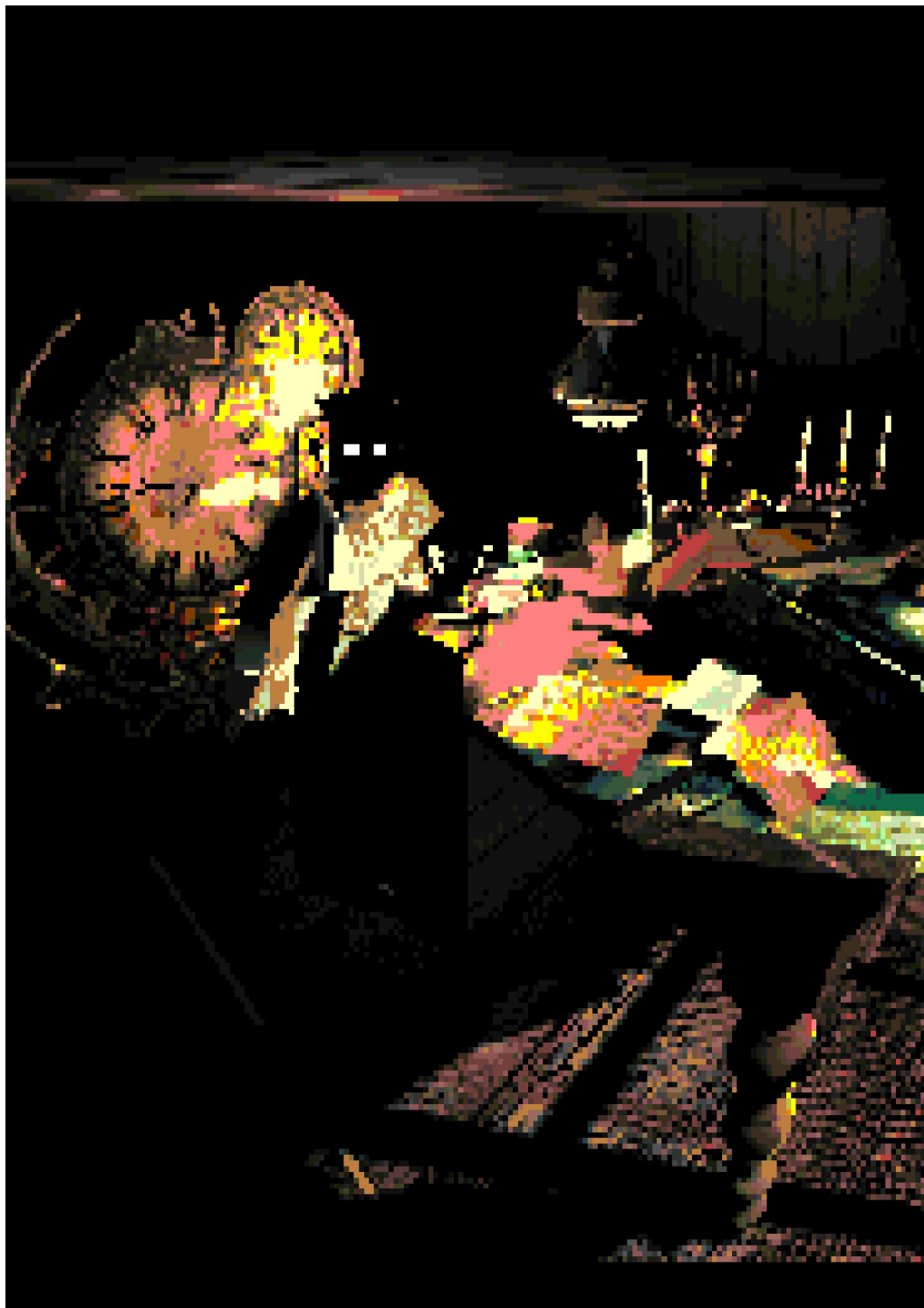
**Harry:** Interesante..., para la última pregunta, que voy un poco justo de tiempo, voy a ser un pelín más profundo y personal: ¿Por qué nos quitas tan rápido a quienes más amamos?

**Señor Tiempo:** Esta pregunta es bastante compleja, pero tranquilo, ya te digo yo que sí que te queda un pelín más de tiempo para escucharme tranquilamente. Pues bien, yo no os quito a quien más amáis, solo sigo avanzando, y a veces los humanos no pueden seguirme. Todo esto entiendo que te pueda resultar triste porque refleja la inevitabilidad de la pérdida, algo que todos sentimos en algún momento. Es justo hasta ahí hasta donde te puedo desvelar, espero haberte sido de gran ayuda. Un saludo, y sigan caminando conmigo aunque no me puedan atrapar...

Así terminó la entrevista que me concedió el señor Tiempo. Si os lo estáis imaginando, os puedo decir que coincidía exactamente con la imagen que tenía yo sobre cómo sería el tiempo. Un anciano de mucha edad, con la voz ronca, la piel con arrugas, ciertamente tierno. Tenía la nariz prominente, el pelo largo de color gris, unas gafas metálicas sin estructura en la zona superior de la lente y, bueno, por supuesto, un hombre muy sabio. Al irse, me corroboró que, al fin y al cabo, mientras estemos vivos, todo depende de nosotros, pues el tiempo es un constructo social que nos ha permitido vivir estando más anclados a la tierra y a todo lo que nos rodea.



## Entrevista al tiempo



*Ilustración: Aquiles Martínez Estévez*



# Entrevista al tiempo

---

Tania Irelba Cerda Mora

Hospital Regional de Arica Dr. Juan Noé Crevani-Chile

Todo se encontraba en absoluta oscuridad, hasta que una voz grave, pero suave, con un leve eco, rompió el silencio.

—El tiempo... El tiempo... El bendito tiempo... Siempre escucho a la gente quejarse de mí, y la mayoría ni siquiera me soporta...

De repente, en medio de la penumbra, comenzaron a verse pequeñas chispas danzando en el aire. Poco a poco, la habitación se iluminó con la cálida luz de una chimenea que crepitaba suavemente.

—¿Qué pasa? ¿Nunca se les ocurrió pensar que yo, el mismísimo tiempo, podría contar mi versión de la historia?

Una figura elegante se reveló, sentada en un antiguo sofá de terciopelo. Hizo una leve reverencia, un gesto lleno de gracia y misterio. Sostenía una taza de café humeante sobre una pequeña mesa, mientras encendía un fósforo con manos enguantadas.

—Un gusto en conocerlos, queridos lectores —dijo con una sonrisa enigmática—. Como ya se habrán dado cuenta, soy el tiempo. Sí, ese tiempo. Vivito y coleando —como dicen ustedes—, el mis-

mo que les desespera con el incesante tic-tac que resuena en sus relojes..., y en sus cabezas.

Hizo una pausa, observando el fuego como si en sus llamas pudiera verse el pasado y el futuro al mismo tiempo.

—También fui el protagonista silencioso en *Alicia en el País de las Maravillas*. Así es, el reloj del conejo..., era yo. Una celebridad sin premio, porque, aunque todos me conocen, nunca me dieron un Óscar.

La figura que el fuego revelaba era enigmática, siempre en movimiento, imposible de definir por completo. Vestía de forma cambiante: su ropa parecía transformarse con cada parpadeo. A veces, con la frescura perlada del amanecer; otras, con el gris melancólico de una tarde lluviosa, o con el fuego abrasador de un atardecer incandescente.

—Estoy en todas partes, marcando cada segundo que se les escapa de las manos —continuó con tono casi poético—. Recordándoles que nada es eterno, que todo cambia, envejece, desaparece... ¡Y vuelve a comenzar!

Se incorporó levemente, sin perder la compostura.

—A veces soy cruel, lo admito. A veces, soy demasiado veloz cuando quisieran que me detuviera o lento como una eternidad cuando desearían que volara. Pero nunca me detengo. Nunca. Porque esa es mi naturaleza: avanzar. Siempre avanzar...

El señor tiempo comienza a caminar por la habitación, con una mano en la espalda mientras que con la otra se acomoda los lentes, sonriendo levemente. Su sonrisa era como la de un niño, pero sus leves arrugas demostraban sabiduría. Su mirada era melancólica, pero expresaba tranquilidad.

—Me culpan por sus prisas, por sus arrugas, por sus despedidas. Me acusan de no darles suficiente. Pero ¿alguna vez me han agradecido por los momentos que les regalo? ¿Por los abrazos que duran apenas unos segundos, pero que se recuerdan toda la vida? ¿Por las mañanas soleadas que parecen eternas cuando están enamorados?

Para en seco, mirando un punto fijo en la ventana, pero aún expresa una elegancia que cautiva.

—Soy testigo silencioso de sus historias, de sus errores y aciertos. Estoy ahí cuando nace un hijo, cuando se va un ser querido, cuando se cumple un sueño o se rompe el corazón. Soy el telón de fondo de todo lo que son.

Esboza una pequeña risa mientras sigue caminando por la habitación hasta salir de ahí. Y llega a un largo pasillo con muchos cuadros, pero todos cambian. Al igual que las estatuas y las demás decoraciones.

—Así que, la próxima vez que se quejen de mí, piensen por un momento: ¿No será que el problema no soy yo, sino cómo me usan?

Se coloca los dedos en la barbilla en forma pensativa, y da un leve suspiro. Para en seco en una puerta dorada y, al abrirla, sonrío con gran orgullo.

—Cada momento, cada acción o recuerdo, lo guardo. Pueden decirme coleccionista de instantes. En pequeños frascos invisibles atesoro incluso cada lágrima, porque hasta el dolor es parte del vivir. Guardo tanto lo dulce como lo amargo: un primer beso, una despedida en un aeropuerto, una risa compartida en la madrugada, una carta jamás enviada. Mi estante está lleno

de recuerdos de cada uno de ustedes, desde su primer aliento..., hasta el último.

El tiempo toma uno de los frascos de un estante de millones que había en la habitación. Era impresionante lo grande que era, no parecía haber un final en esa habitación. Se podían escuchar susurros, risas, sollozos provenientes de los mismos frascos. Al que tenía en la mano, lo miraba con gran adoración, viendo ese hermoso recuerdo que jamás se borrará, pero tampoco se repetirá.

—Y aunque parezca que lo tengo todo bajo control, permítanme contarles también lo difícil que es mi labor...

Deja el frasco en el estante con delicadeza, como si no quisiera romper tan hermoso momento, para después retroceder y dar la media vuelta y salir. Al cerrar la puerta detrás de sus espaldas, se apoya contra ella, recostando su cabeza hacia atrás.

—A veces, debo de mostrarme frío y distante ante lo que les sucede, cuando me gustaría estar a su lado y brindarles consuelo, darles mi apoyo y susurrarles en el oído que todo estará bien, darles mi mano e incentivarlos a que sigan adelante, sea cual sea el obstáculo.

*Él cierra los ojos... Y ahí está él, marcando cada segundo y recordando.*

*Tic tac..., tic tac...*

*Coloca su mano sobre el pecho, y se puede escuchar.*

*Tic..., un suspiro. Tac..., un temblor.*

*Tic tac..., tic tac...*

—A pesar de sentirme abatido, con el corazón apretado debo seguir con mi trabajo, teniendo la fe de que gracias a lo que hago, pueda sanar tus heridas, como un doctor personal que te cuidará cada vez que te lastimas. No saben la añoranza que tengo de reír con ustedes cuando viven momentos de felicidad, sin embargo, eso llena mi mecanismo, y me permite avanzar aun sabiendo que llevaré conmigo sus momentos felices, pero ustedes los guardarán en sus corazones.

Sonríe de una manera dulce, para después hacernos una seña para poder seguirlo. Él camina hacia adelante guiándonos entre los pasillos con distintas puertas.

—Este rol que se me ha concedido por cumplir cuando las inclemencias del clima no sean las mejores, cuando tengan la dicha de reír, de llorar o simplemente quieran descansar y olvidarse de todo lo demás.

Luego de algunos minutos..., ejem, bueno, sus minutos, nos detuvimos frente a una puerta de color azul oscuro, sólida y majestuosa. Las perillas, de un dorado antiguo, tenían la forma de medias lunas invertidas que parecían emitir un suave resplandor bajo la tenue luz del pasillo.

Al cruzar el umbral, nos encontramos en una oficina de lo más peculiar. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros, desde volúmenes de literatura antigua con lomos de cuero gastado, hasta ediciones modernas con cubiertas brillantes. Algunos libros flotaban suavemente en el aire, deslizándose de un estante a otro como si tuvieran voluntad propia; sus páginas susurraban secretos al pasar.

La estancia olía a papel envejecido, tinta, y un toque de algo indefinible, como el aroma del tiempo mismo. En el centro de la sala, había un escritorio de madera oscura pulida, tallado con motivos de relojes de arena, engranajes y constelaciones. Encima, descansaban un montón de papeles ordenados, relojes detenidos y plumas que ocasionalmente escribían por sí solas.

El tiempo rodeó la mesa y se acomodó en su elegante sillón de respaldo alto, cubierto de terciopelo azul noche. Con un gesto tranquilo, nos indicó que tomáramos asiento frente a él, señalando con una mano enguantada una silla antigua que, curiosamente, no estaba allí un segundo antes. Apareció justo cuando la señaló, como si el tiempo mismo la hubiese traído desde otro momento.

Nos sentamos, y el aire pareció tornarse más denso, cargado de significado, como si cada segundo que pasara en esa oficina estuviera siendo cuidadosamente contado y archivado.

—Es increíble cómo todos ustedes pueden cambiar, y la forma en que lo hacen me resulta verdaderamente fascinante. Desde tiempos remotos he sido testigo de los cambios en las grandes ciudades, en las costumbres, la música, la moda y tantos otros aspectos de la vida. Todo se transforma, todo evoluciona.

»De todo lo que he visto cambiar —dijo suavemente—, hay algo que ustedes tienen y que yo jamás podré poseer: la capacidad de hacerme desaparecer. Cuando aman, cuando ríen de verdad, cuando viven un instante tan profundo que lo olvidan todo..., incluso a mí. En esos momentos, ustedes son eternos.

La habitación empezó a desvanecerse como un sueño. El tiempo, ya casi difuminado, nos dedicó una última mirada.

—No me teman —susurró—. Yo no les quito la vida..., se la doy, instante tras instante. Y su historia aún continúa.

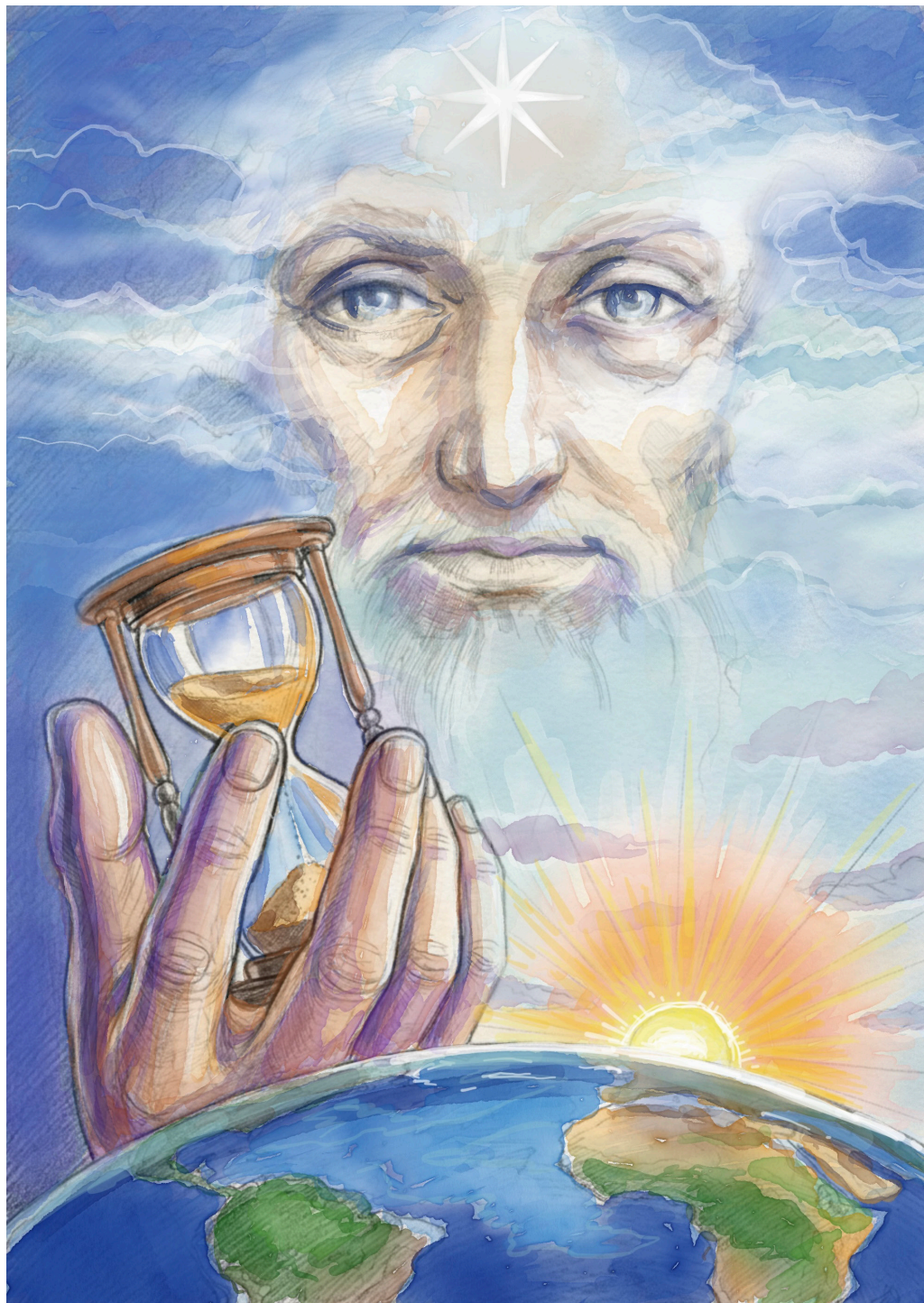
Un parpadeo, y todo volvió a la calma.

Tic..., tac...

El reloj seguía latiendo en nuestras manos.



## Los ojos del tiempo



*Ilustración:* Francisco Riquelme Mellado



# Los ojos del tiempo

Guillermo Balujo Camacho

Complejo Hospitalario Universitario de Albacete

¿Y si el tiempo fuera un observador, que desde su cúpula observara a la humanidad, encargado de estudiar su evolución desde los comienzos...? Pero ¿y si además, dicho observador expresara su opinión, una, externa, sin prejuicios ni ética o moralidad influenciada, sino simplemente la de un ser imparcial y atemporal que observara el crecimiento, desarrollo y hasta la muerte final de dicha raza, la humana?

Todo empezó hace unos trescientos mil años, cuando comenzaron a surgir en la actual África lo más parecido a los primeros humanos, que serían observados por el tiempo. Su curiosidad fue despertada por aquellas criaturas, tan distintas al resto de los animales y plantas que habitaban la tierra, que a pesar de no poseer cualidades físicas ventajosas para sobrevivir al mundo que poblaban, como las garras de los leones o la fuerza de los hipopótamos, poseían tres grandes cualidades.

La primera, compartida en mayor o menor medida, salvando las distancias del concepto: el reunirse en grupos de mayor tamaño, como las manadas de lobos o los bancos de peces.

Su segunda cualidad, solo compartida con sus familiares evolutivos más cercanos, los homínidos: el pulgar, que les permite cubrir sus carencias físicas frente a otros animales, permitiendo la elaboración y el uso de herramientas como lanzas, cuchillos o cestas, entre muchos otros.

Y, por último, la cualidad más importante de todas, la que los diferenciaba de todos los demás, volviéndolos a ojos del tiempo más interesantes y dignos de observar, su inteligencia, la cual les permite y permitirá lograr cosas asombrosas.

Debido a esto, el tiempo decidió observar a la raza, quizás, más asombrosa de todas, la de los destructores y creadores, la de los dementes y los cuerdos, la de los individuos y los colectivos, decidió observar a la humanidad.

La humanidad le llamó la atención por su inteligencia, pero el tiempo no se concienció realmente de la capacidad neuronal humana. Lo que de verdad lo encandiló, quizás uno de los más importantes descubrimientos de la humanidad, fue el control del fuego que les permitió domar la oscuridad, protegerse de las bestias salvajes y cocinar la comida. El tiempo observó a los humanos cocinar la comida y ahuyentar a las criaturas salvajes; los transformó en la raza dominante de la atención del tiempo.

No contentos con eso, los humanos lograron su otro gran descubrimiento, la rueda, que provocó otra gran revolución. Además, aprendieron la capacidad de trabajar el metal, aprendieron a criar animales e inventaron la agricultura, se reunieron en poblados, estos poblados crecieron, se expandieron y desarrollaron, creando las primeras civilizaciones.

Avanzando la humanidad, el tiempo presenció eventos fantásticos, como la creación de los jardines colgantes, la invención de la navegación, la conquista del mar...

El tiempo tuvo especial predilección en su época por la cultura griega. Vivió eventos de vital importancia, como pudieron ser las guerras Médicas, donde el Imperio Persa no logró conquistar las múltiples polis griegas. Este presenció actos como la firmeza de Leónidas de Esparta o Pericles de Atenas. También presenció los primeros juegos en honor a Zeus, los antecesores de los juegos olímpicos, presenció la construcción del Partenón de Atenas, escuchó a filósofos como Sócrates o Aristóteles, observó a Alejandro Magno ser criado por su madre, adjudicando su nacimiento a Zeus, rey de los dioses, y más tarde pudo contemplar cómo este conquistaba su vasto imperio, para fallecer repentinamente a los treinta y dos años, presenció la creación de la *Ilíada* de Homero y los sacrificios a los dioses.

También admiró a la civilización romana, el origen del occidente moderno, junto con la cultura helénica. Presenció maravillas del pueblo itálico, como los acueductos o el foro. Observó el crecimiento de la ciudad eterna, cómo estos pueblos inventaron su propia lengua, el latín, cómo adjudicaron el nacimiento de su gente a Eneas y a Rómulo y Remo. Vivió las tres sangrientas guerras Púnicas, presenciando a personalidades como Catón el Viejo, Publio Cornelio Escipión Africanus, presenció a Aníbal Barca guiar a sus soldados por Hispania, para posteriormente cruzar los Alpes y llegar a plantarse en la Roma republicana, el paso de un imperio, tras la influencia de Julio Cesar..., hasta vivir la caída del Imperio romano de Occidente, dando su fin a esos orgullosos romanos.

Vivió también, durante este imperio, la vida de un hombre, cuya atención ocupó como ningún otro la historia humana, y el primer hombre, la vida de Jesús, Jesús de Nazaret, hasta su crucifixión a manos de Roma, y su supuesta posterior resurrección, con todas sus acciones entre dichos puntos cronológicos.

Muriendo a manos de nuestro observador, con auxilio de las tribus bárbaras venidas del Este, culminó la Edad Antigua, con la caída del Imperio romano de Occidente, además del saqueo de Roma.

Comenzó la Edad Media, a parecer del tiempo, una época, si no más curiosa, además de convulsa, una era de avances, como las matemáticas de los pueblos árabes, y cómo estos las transmitieron a occidente a través de Al-Ándalus, al enseñar el uso del cero o la construcción de los majestuosos castillos. El tiempo pudo observar a Carlo Magno, que imitando a un personaje de mismo apodo hace tantos, tantísimos años, conquistó un gran imperio, el imperio carolingio, que el tiempo podría observar siglos después, recordando tiempos pasados.

Pero también fue una época de retroceso cultural, tras la caída del Imperio romano de Occidente, el pequeño auge y declive de Bizancio, hasta la toma de Constantinopla a manos del Imperio turco. También fue una época de multitud de guerras, como la de los Cien Años, o la supuesta Reconquista de las tierras de la península hispánica por parte de los reinos cristianos contra los árabes que supuestamente ocupaban su preciada península (aunque el tiempo tenía dudas de dicha legitimidad de reconquista por parte de los cristianos, que aseguraban ser descendientes de los pueblos que habitaron la península antes de los árabes y su conquista desde África).

También una época de epidemias, como la temible peste, provocada por las pulgas de las ratas, que tantas vidas segó en su momento. En resumen, una época de sombras, con retazos luminosos. Al final de ese año clave, 1492, a ojos del tiempo fatídico o un rayo de luz, dependiendo de para quien sea la duda, se culminó la reconquista de Granada a manos del reino de Castilla. Por esas fechas, unos años antes, 1453 (para el tiempo unos años más o menos es indiferente), la caída de Constantinopla y el Imperio romano de Oriente, desapareciendo la civilización romana de esa lejana Edad Antigua. Y el evento más importante de toda esta época, ocurrido también en 1492, el descubrimiento y colonización de un nuevo continente, hallado con financiación española: América.

En esta época se forjaron grandes imperios como el turco, o el imperio español. Surgieron reyes y reinas de gran poder, como Felipe II o Isabel II, además de surgir, en opinión del tiempo, guerras religiosas entre cristianos por combatir entre las creencias de su fe, quizás como respuesta 'divina' a las cruzadas de esa época pasada que tanto mal provocaron.

Fue una época de avances, como la pólvora, el chocolate, los pensamientos liberales, como la Revolución francesa, de generales como Napoleón, artistas como Da Vinci, Velázquez, Cervantes, monarcas ineptos como Felipe VII, grandes políticos como Cánovas. Además de multitud de actos extraordinarios por parte de dicha humanidad, ya fuera por sorprendentes o por trágicos, como la formación del gran imperio español o el exterminio de los nativos norteamericanos a manos de los ingleses, la invención de la máquina de vapor o la guerra de los Treinta Años. En conclusión, una época de descubrimientos, guerras, paces... Has-

ta un evento culmen, en 1914, empieza la Primera Guerra Mundial, según el tiempo, la mayor tragedia de la humanidad, si no fuera porque hubo una segunda.

La Primera Guerra Mundial transcurrió entre 1914 y 1918. En esta guerra se crearon verdaderas abominaciones asesinas, como los tanques o las armas químicas, se perfeccionaron las armas de fuego y los explosivos, además de cobrarse más de treinta millones de vidas humanas, sin olvidar la tortura psicológica y física en la que consistía combatir en aquella nefasta guerra.

El tiempo pensó que tras aquella catástrofe, la humanidad aprendería, y tras presenciar el primer intento de Naciones Unidas, lo creyó. Pero esta raza pronto demostró lo equivocado que estaba el tiempo, cuando apareció un hombre de Austria que comenzó el conflicto bélico más infernal de la historia humana, pues esta guerra, que duró seis años, 1939 a 1945, solo se puede calificar como infierno. En esta, Hitler y los nazis, entre otras atrocidades, crearon los campos de concentración, además de la idea de la raza aria. Pero al final, Hitler perdió.

El tiempo presenció cosas horribles en esta época, como la primera bomba atómica o la Guerra Fría, pero también momentos maravillosos como el derribo del muro de Berlín o la creación de la Unión Europea. El tiempo lamentó todas estas atrocidades y, a pesar de presenciar también actos de bondad, dejó de observar, y dejó antes a la humanidad unas palabras:

—Estudiadme, pues si uno no aprende de su pasado, estará condenado a repetirlo. No cometáis los mismos errores de siempre; evolucionad, pues la causa de que el tiempo sea limitado es para que aprendáis a valorarlo, no para malgastarlo así.

## El reloj de la vida



Ilustración: Juanfran Martínez



# El reloj de la vida

María Muñoz Lanchas

Hospital Clínico San Carlos-Madrid

En un valle, una mujer anciana vivía con su nieta en una casa algo destartalada y vieja que estaba llena de plantas —algunas marchitas y algunas vivas— que giraban su cabeza hacia el sol. La nieta tenía una trenza llena de flores tejidas por su abuela, ropas de color malva con un corsé de cuero, heredado de su abuela, quien la había cuidado desde que tenía dos meses. La niña tenía ojos amables y endulzados, era una soñadora: soñaba con crecer. La abuela era como una dulce galleta, arrugada, con la mirada fija como la de un gato. Pero, con el paso de los años, había ido perdiendo movilidad y estaba postrada en una silla de ruedas, debido a un grave problema en la columna. La abuela llevaba un vestido viejo lleno de lunares de colores pastel.

Estos últimos meses todo había sido más callado, como si todo se muriese, como si se derritiera igual que la vela en la hora de escritura. La nieta estaba cuidando de la abuela a todas horas. Le era complicado, puesto que era solo una niña, pero aun así seguían yendo de camping y comiendo cerezas, su fruta favorita.

—Abuela, mira que gran cereza —dijo la niña acercándole la cereza a la mano, mientras la abuela la miraba con gran amor.

—Ay, mi niña hermosa, tienes tanta energía, siempre buscando en las Colinas —La abuela intentó darle un abrazo a su nieta, pero, de repente, notó cómo sus brazos se debilitaban.

Horas después, la abuela cayó en un sueño profundo del que su nieta no pudo despertarla. No paraba de llorar, quería mucho a su abuela, pero sabía que, aunque ella deseara tanto que el tiempo retrocediera, no podría hacerla volver. La niña, que no tenía nombre en realidad, desde ese día se hizo llamar Zaman, que significa 'tiempo' en turco.

Muchos años después, cuando ella era anciana, le dijo a su nieta:

—En mi vida he tenido muchas peleas con el tiempo, es como una persona que te abraza y no quiere soltarte. Mírame a mí tan arrugada como una pasa, tan débil como rocío en la primavera, abuela de una chica hermosa, inteligente y única. Pero, escúchame bien, disfruta bien de la vida, viaja, ríe, canta. Da igual lo que hagas, solo vive con alegría cada momento porque lo único que nos llevamos al cielo son los recuerdos de la vida. A veces, la vida es dura, pero aprenderás también de lo bonito que te suceda.

Kiraz, la nieta, cuyo nombre significa 'cereza', se fue a jugar con sus amigos mientras Zaman se dejaba caer en la cama. Dejó su cuerpo allí, y subió al cielo donde se encontró con su dios Allah, en un barco hermoso.

Y, como en la historia de Zaman y Kiraz, el tiempo de lectura se ha terminado. Gracias por leer.

# **CATEGORÍA E**

(Alumnado con diversidad funcional)



# El duende del tiempo



*Ilustración: Eva Mauricio*



GANADORA CATEGORÍA E

# El duende del tiempo

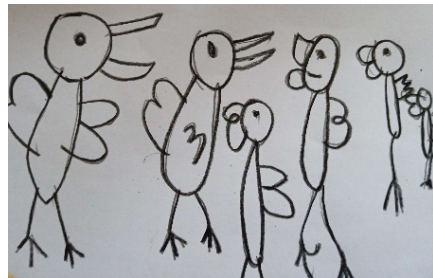
Carla Ramírez García

Hospital Universitario de Guadalajara

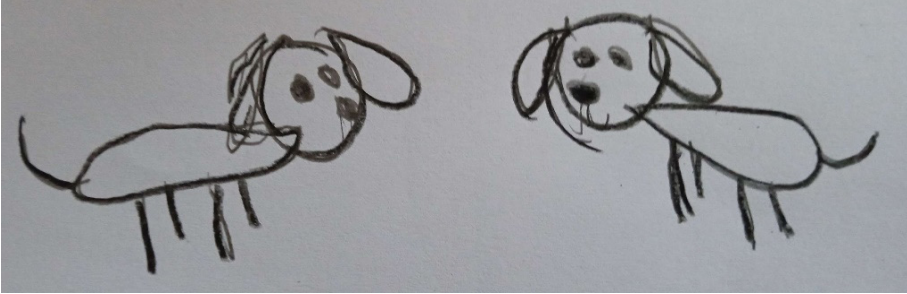
Érase una vez una niña llamada Carla a la que le encantaban los animales y vivía muy feliz en su casa con su mamá, su papá, un conejo precioso llamado Ravel, seis periquitos muy cantarines, dos perritas juguetonas, llamadas Pandy y Escay, y sus amigos imaginarios Matías y Daniela.

Todos vivían muy contentos hasta que un día Carla se levantó por la mañana y, después de desayunar, se dio cuenta de que todas sus mascotas habían perdido su color.

Ravel y los periquitos se quedaron tan blanquísimos como los copos de nieve.



Las perritas Pandy y Escay parecían dos ositas polares tan suaves como el algodón.



Carla se quedó muy preocupada, pero un día sus amigos Matías y Daniela le dijeron que tenían una varita mágica para poder ayudarla. Ese mismo día, a las 12 en punto de la noche, tocaron el reloj de Carla e hicieron aparecer por arte de magia al duende del tiempo. El reloj se detuvo y dejó de sonar su tic, tac, tic, tac, tic, tac... Carla, muy emocionada, se quedó sin palabras.

El duende del tiempo apareció y le preguntó: ¿Dónde estoy? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Necesitas mi ayuda para algo?



Carla le contó que sus mascotas habían perdido su color y que estaban muy tristes porque Ravel había dejado de comer zanahorias, los periquitos ya no cantaban y sus perritas habían olvidado cómo se ladraba.

El duende del tiempo les dijo a Carla, Matías y Daniela que no se preocuparan porque les ayudaría a que sus amigas las mascotas recuperaran su color y volvieran a ser felices.

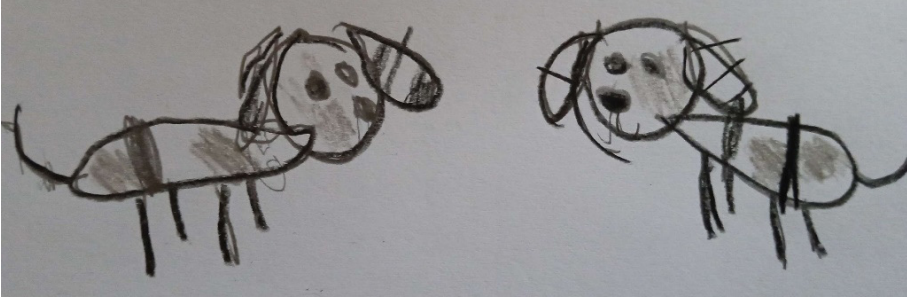
El duende del tiempo llamó a su amigo Arcoíris para que ayudara a los animalitos a recuperar sus colores.



Arcoíris se puso a dar vueltas a gran velocidad alrededor de Ravel, los periquitos, Pandy y Escay. En un abrir y cerrar de ojos todos los animales recuperaron sus colores. Arcoíris y el duende del tiempo desaparecieron y se introdujeron en el reloj de Carla sin que nadie se diera cuenta de lo sucedido, y comenzó a sonar nuevamente el sonido ¡tic, tac, tic, tac, tic, tacl!, del reloj de Carla. Ravel recuperó su precioso color marrón siena y los periquitos se parecían al arcoíris.



Las perritas Pandy y Escay volvieron a ladrar de felicidad con su color blanco teñido de manchas negro azabache.



A las doce y un minuto, Carla se despertó y fue a contarles a su papá y a su mamá que había tenido un sueño mágico...

Carla es una niña muy feliz con sus animales. Y, mientras tanto, el tiempo va pasando...

# Mis cumpleaños



Ilustración: Clemente Corbacho



# Mis cumpleaños

---

María Ángeles Fernández Gutiérrez

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Nací el 1 de febrero de 2018. Cuando cumplí mi primer año, celebramos mi cumpleaños en casa, y la temática fue de la princesa Aurora del cuento de *La Bella Durmiente* porque me encantaba. Yo no me acuerdo muy bien, pero he visto muchas fotos de ese día.

Cuando cumplí dos años, lo celebré en casa de mi abuela y la temática fue *Frozen*. Mi personaje favorito era Ana, pero me disfracé de Elsa.

Los tres años los celebré en casa de mi abuelo con la temática de *La Bella y la Bestia*. Me disfracé de Bella, mi vestido fue amarillo y llevaba corona dorada, ¡estaba guapísima!

A los cuatro, estábamos en Lobosillo, en mi casa, pero mi papá tenía el COVID y no pudimos celebrarlo; solo soplamos las velas. Pero a los quince días me dieron una gran sorpresa e hicimos un cumpleaños grandísimo y la temática fue Jazmín, del cuento *Aladín*. Llevaba un vestido azul y en la cabeza llevaba una trenza larguísima. Vino mucha gente a mi cumpleaños.

Llegaron los cinco y me disfracé de Miércoles Adam. Llevaba una falda y una camiseta negras, unas medias y unas botas ne-

gras y en el pelo dos trenzas. Todo era negro... ¡Hasta la tarta! Me lo pasé muy bien.

¡Los seis! Hicimos la fiesta en el cole con mi seño María. Llevé una tarta de muchos colores porque a mí me gusta mucho el arcoíris. Estaban mis diecisiete compañeros y todos tomaron tarta, estaban supercontentos. Hay una cosa que me parece muy graciosa de ese día: en la mesa estaba sentada con dos amigas más y cuando me fui a dar cuenta, mi amiga se había comido los tres trozos de tarta jella sola!

En los siete fuimos a La Cabaña que es un local de bolas en Vélez Rubio. La temática era de Hello Kitty, vino mi familia y jugamos.

No sé lo que pasará en mis ocho ni que día lo celebraremos porque dependerá de mi tratamiento. Lo que sí sé es que va a ser de 'chonis y de canis', decorado todo de leopardo y con música del año 2000.

# Una nueva vida



Ilustración: David López Ruiz



# Una nueva vida

Yassine Hamdi Zahid

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Os voy a contar la historia de mi mejor amigo, que se llama Ayoub y tiene seis años. Es bueno y un gran portero. Vive cerca de mi casa. Vivimos en un pueblo tranquilo. Tiene un hermano que se llama Ayman, que tiene catorce años, y una hermana que se llama Sara, que tiene cuatro años, y juega mucho con mi hermana y mi hermano pequeños.

Nos vemos en el colegio todos los días, en el patio, porque yo soy más mayor y no estamos en la misma clase. Los viernes son el mejor día porque nos juntamos en el parque. Aunque antes tengo que ir al fisio, que no me gusta mucho, pero sé que me viene bien. Durante el fisio estoy nervioso pensando en el parque. Mi mamá me va a cambiar el día del fisio.

Su sueño es ir a la academia para jugar en el Barcelona. Mi sueño también es jugar al fútbol y ser defensa, Ayoub de portero y Ayman de centrocampista. Mi número favorito es el 7.

Ayoub también ha estado ingresado en el hospital, como yo. Yo voy a estar ingresado poco tiempo porque es una revisión. Por fin me quitan la cánula que llevo desde que nací, durante diez

años, hasta hoy, que tengo diez años. Ha sido mucho tiempo. Ahora solo llevaré la máscara por la noche.

Todo va a cambiar a partir de ahora: ya no necesito enfermera en el colegio ni médico en casa una vez al mes, y habrá menos aparatos en casa.

Ahora tengo miedo y estoy preocupado por si duele, aunque mi madre me ha dicho que confíe.

Mis amigos del colegio están muy preocupados por mí.

# Mi amigo



Ilustración: Aurora Gil Bohórquez



# Mi amigo

---

Ayman Koudair Ennaimi

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

En una ciudad con muchos edificios y muchos coches, una tarde de primavera, hacía muy buen tiempo y brillaba el sol.

Ayman tiene catorce años. Lleva pantalón corto y una camiseta del Barcelona. Le gustan mucho las artes marciales, como el kárate y el taekwondo.

De repente, salieron ocho hombres malos de un callejón. Llevaban pasamontañas. Me asusté, pero empecé a defenderme. Conseguí derribar a seis de ellos usando mis habilidades. Entonces llegó la policía y me llevaron a la comisaría.

En la comisaría había una puerta muy rara. Si la abrías, te llevaba a otro tiempo. Yo la abrí y aparecí en la Prehistoria. Todo era muy diferente y vi incluso a un mamut gigante.

De pronto, vi a un chico cavernícola que se parecía mucho a mí. Era de mi edad y también le gustaban las artes marciales. Le pedí ayuda para volver a casa, pero no quiso ayudarme. Tuvimos que pelear y perdí, así que no sabía cómo volver.

Luego vi una espada muy grande y afilada. La cogí y, cuando el cavernícola me vio, salió corriendo muy asustado. Yo fui detrás de él y le di una patada. Le dije que me tenía que ayudar a volver o me enfadaría mucho.

Pero me engañó. Llamó a muchos animales y todos empezaron a perseguirme. Yo corrí muy rápido, me escondí y fingí ser un cavernícola para que no me encontraran.

Pude volver gracias a un amigo que también estaba atrapado allí. Cuando salimos, otra puerta nos llevó al futuro, al año 2200.

En el futuro había coches que volaban y ya no había móviles. La gente llevaba relojes especiales y, con solo mirarlos, podían ir a cualquier sitio. Me gustó mucho ese mundo porque era muy moderno y cómodo.

Pero la policía del futuro nos persiguió con pistolas láser. Nos atraparon y nos devolvieron a casa.

Al final decidí quedarme en el presente porque había ganado un amigo para siempre.

# El tiempo de verano



Ilustración: Sara Vinagre Ballesteros



# El tiempo de verano

Alberto Jiménez Martínez

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

El tiempo que más me gusta es el verano.

En verano me voy de viaje con mamá, papá, mi hermana, que tiene veintisiete años, y Jesús, mi cuñado, y se vienen sus hijas Naima y Yolanda, que tienen diez y cuatro años.

Mi madre y yo pensamos y decidimos dónde nos vamos de viaje, y cuando estoy de vacaciones del colegio hacemos las maletas y nos vamos.

Elegimos siempre un hotel de 5 estrellas; tiene que tener piscina. Me gusta que tenga cosas y actividades de ocio, como los coches descapotables, piscinas con toboganes gigantes con muchos tubos, balnearios con muchos chorros y cosas divertidas. Por la noche, discoteca.

Lo mejor es la barbacoa y que estamos todos juntos...

Antes me ponía el chaleco porque no sabía nadar, ahora he aprendido a flotar y a hacerme el muerto flotando en el agua.

Nos pasan cosas muy divertidas, como en Gibraltar, que vi los monos cuando subíamos al teleférico y estaban sueltos. Uno me tocó el pantalón y me quería bajar los pantalones.

Es muy divertido viajar.



# Tiempo cocinando



Ilustración: Josefnailu



# Tiempo cocinando

Raúl Sarabia González

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca



COÑAC



LIMÓN

Y

Y



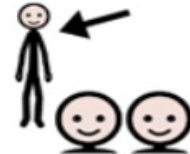
VINO

CASERO

PARA



DAR



LE

CASERO

PARA



SABOR



TIEMPO



COCINANDO



ME



GUSTA

EL



ARGUIÑANO



COCINA



ME

EL



GUSTA

QUE



COCINE



AJOS

CON



TOMATE

CON

## XIX Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

### ACTA DEL FALLO DEL JURADO

1. En Murcia, siendo las 17 horas del día 18 de febrero de 2026, se hace pública la composición del jurado del XIX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” formado por:

Presidenta: D.<sup>a</sup> Aurora Gil Bohórquez

Secretario: D. Antonio Bernal Torres

Vocales: D.<sup>a</sup> Idoia Arbillaga Guerrero

D. Alonso Palacios Rozalén

D.<sup>a</sup> Pilar Carrasco Lluch

D. José Emilio Linares Garriga

D.<sup>a</sup> Antonia Alonso Gómez

D.<sup>a</sup> Esther Navasa Martínez

2. En la presente edición se han recibido un total de 114 relatos, 22 de la categoría A, 50 de la categoría B, 36 de la categoría C, y 6 de la categoría E, procedentes de Aulas Hospitalarias de las siguientes comunidades autónomas: Comunidad de Madrid, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Principado de Asturias, Cantabria, Región de Murcia y, de manera internacional, el Aula Hospitalaria de Arica (Chile). En total han participado 14 aulas hospitalarias nacionales y una internacional.

3. Los miembros del jurado, una vez leídos todos los relatos, y tras debatir sobre algunos de ellos, deciden por mayoría absoluta otorgar los siguientes premios:
  - **Premio para la Categoría A** (de 6 a 9 años) al relato: “LA GUARDIANA DEL TIEMPO” de Aitana Ureta Balsalobre del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.
  - **Premio para la Categoría B** (de 10 a 13 años) al relato: “EL TIEMPO EN LA VENTANA DEL HOSPITAL” de Ariadna Marín Pietrzyk del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca.
  - **Premio para la Categoría C** (de 14 a 17 años) al relato: “LA MÁQUINA DEL RECUERDO” de Érika Prieto Martínez del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid.
  - **Premio para la Categoría E** (alumnado con diversidad funcional) al relato: “EL DUENDE DEL TIEMPO” de Carla Ramírez García del Hospital Universitario de Guadalajara.
4. Además, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros 25 relatos que serán publicados, junto a los cuatro ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2026”.
5. El jurado propone añadir a las bases del concurso la petición de que el docente responsable revise siempre el relato mientras que el alumnado lo escribe, evitando copias o uso de IA en su elaboración.
6. se considera relevante añadir la edad de cada niño/a que escribe el relato en el encabezado, junto con el título, pseudónimo y categoría en la que participa.
7. Se proponen varias posibles temáticas para la XX edición del Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Y, a

pesar de las diversas temáticas, se traslada al jurado por parte del secretario la decisión de usar el tema TIERRA, ya que va a dar la posibilidad de trabajar varios de los contenidos programados para el próximo curso 2026-2027.

8. M.<sup>a</sup> Ángeles Gómez Ortigosa será la prologuista de este libro 2026 y Leonardo Cano será el escritor invitado; intervendrá en la próxima gala de entrega de premios y hará el prólogo de la edición 2027.

9. La presidenta del jurado propone que, de cara a la próxima edición, coincidiendo con el XX aniversario, sea Raquel Pulido la escritora invitada y la persona que hará el prólogo del libro del XXI Certamen Literario. Además, sería importante contar en la gala con profesionales que hicieron posible la puesta en marcha del certamen y el funcionamiento de las anteriores ediciones: Juana Mari, Carmen Donaire, Pilar y Lary León, entre otras.

También se baraja la posibilidad de hacer una cena de gala tras la entrega de premios 2027 y publicar un libro con los ganadores y ganadoras de todas las ediciones anteriores.

10. La presidenta anuncia que, tras la próxima edición, dejará la presidencia junto con otros miembros que la han acompañado varios años: Pilar Lluch y José Linares.

Sin más asuntos que tratar, el secretario del jurado da por concluido el acto del fallo del jurado del XIX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” y se levanta la sesión a las 19.30 horas.



## Relación de aulas hospitalarias participantes en el XIX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2026

### CANTABRIA

Hospital Universitario Marqués de Valdecilla de Santander

### CASTILLA - LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete

Hospital General Universitario de Ciudad Real

Hospital Universitario de Guadalajara

### CASTILLA Y LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

### COMUNIDAD DE MADRID

Hospital Universitario Fundación Alcorcón

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús

Hospital Universitario de Getafe

Hospital Universitario 12 de Octubre

Hospital Clínico San Carlos

**PRINCIPADO DE ASTURIAS**

Hospital Universitario Central de Asturias

**REGIÓN DE MURCIA**

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

Hospital General Universitario Reina Sofía

Hospital General Universitario Santa Lucía

**PROCEDENCIA INTERNACIONAL**

Hospital Regional de Arica Dr. Juan Noé Crevani-Chile

# AGRADECIMIENTOS

## Instituciones y entidades patrocinadoras del XIX Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2026



Región de Murcia



Región de Murcia



Región de Murcia



FUNDACIÓN  
CAJAMURCIA



Hospital General Universitario  
Santa Lucía

**Arrixaca**

Hospital Clínico Universitario  
Virgen de la Arrixaca



ÁREA DE SALUD VII  
MURCIA ESTE

HOSPITAL GENERAL UNIVERSITARIO  
REINA SOFÍA



Laboratorios Lorca Marín  
*Comprometidos con la salud desde 1934*

[www.lorcamarin.es](http://www.lorcamarin.es)



Fundación para la Formación  
e Investigación Sanitarias  
de la Región de Murcia



Centauro  
Quirón

Tus metas, nuestro objetivo



Abacus

Cooperativa

[azarbe.es](http://azarbe.es)



LIBRERÍAS  
Diego  
Marín



Profesora de química

Dirigidora científica



Rotary

Club Metaverso D2203

[www.educarm.es/publicaciones](http://www.educarm.es/publicaciones)

- Aprendemos valores con Liza la tortugueta / Marina Pérez Hernández
- Cartografía histórica del IES José Ibáñez Martín de Lorca. Hacia el centenario 1928-2028 / María José Montoya Tárraga, María José Gallego Romera y Agustín Juan Bonillo
- Breakout Educativo. La aventura de aprender / Raquel García Madrid
- Talleres de escritura surrealista. Jugar a escribir poemas (en 2º ESO) / Antonio Albertus Morales (coord.)
- Agua. XVIII Certamen Internacional de Relatos "En mi verso soy libre" / Ana María Porras Espinosa y María Ballesta Germán (coords.)
- La lengua que nos emociona. Programa de Lengua a través de actividades de educación emocional / Toni García Arias y Pedro Andrés Vicente Ruiz
- 12 meses, 12 cuentos para mover el cuerpo en Educación Infantil. Cuentos psicomotores y actividades psicomotrices / Elena Llópez García
- Guía de buenas prácticas para la prevención del fracaso y abandono escolar temprano / Equipo de Orientación Educativa y Psicopedagógica de Molina de Segura (Murcia)
- Análisis Musical 5º. Conocimientos y recursos para comprender la música del Barroco, Preclasicismo y Clasicismo / David Heredia García
- English outside the classroom. 73 activities you can do / Ruth Martínez Berná
- Guía para una enseñanza basada en la investigación para directores y docentes. Claves para el liderazgo / María Gil Izquierdo y Silvia Martín García
- Identificación y respuesta educativa en el alumnado con dificultades de aprendizaje procedimental no verbal (TANV), trastorno del desarrollo de la coordinación (TDC) y otras dificultades de movimiento / Sergio Montero Mendoza, Inmaculada Calvo Muñoz, Rosa Nieves Fenollar Gallego, Lorenzo Antonio Hernández Pallarés, Lidia Esparza Díaz y Francisco Andrés Marín Lucas
- Un día en el cole con Bebi. Para cada valor, un globo de color. Una propuesta para educación infantil / Andrea López López y Raquel Valenzuela Segura
- ¡Pop it teate! Actividades para trabajar las funciones ejecutivas en Infantil, Primaria y Educación Especial / Mª del Rosario Barrena Calderón y Jorge Postigo García
- 34 experiencias de ciencia recreativa en un colegio de Educación Primaria / José Pedro López Pérez y Raquel Boronat Gil

### **XIX Certamen Internacional de Relatos "En mi verso soy libre"**

Este libro reúne los relatos seleccionados en el XIX Certamen Internacional "En mi verso soy libre", organizado por el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia (España), dependiente de la Consejería de Educación y Formación Profesional. Es un proyecto que trasciende las actividades de animación a la lectura y escritura, dirigido a desarrollar en los niños, niñas y adolescentes hospitalizados sus capacidades creativas y literarias, aprovechando

el poder terapéutico que dichas disciplinas pueden ejercer en situaciones adversas. Cada uno de los relatos está magníficamente ilustrado por colaboradores/as que se suman a esta iniciativa de manera altruista. El tema de este año ha sido TIEMPO y nuestro alumnado, a través de la escritura, nos ha hecho viajar a épocas pasadas, conocer cómo transcurren las horas dentro del hospital, comprobar la relatividad del tiempo y hacernos empatizar con cada relato.

ISBN-13: 978-84-09-85927-6  
9 788409 859276